3 0112 105478827

Biblioteca dramática.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

MI VIDA POR SU DICHA.

Drama en tres actos, traducido del francés por D. Florentin Hernandez, *representado por primera vez en Madrid el* 8 *de octubre de* 1847.

PERSONAS.

Mr. de Wolmar, *capitan de marina* (48 años).
Mr. Orbe (52).
Ernesto de Saint-Preur (25).
Julia, *pupila de Mr. de Orbé* (19).
Clara, *su prima, casada con de Orbé* (18).
Juana Chaillot, *nodriza de las anteriores* (60).
Un criado *de Mr. de Orbé.*
Antonio, *marinero, asistente de Wolmar.*
Aldeanas y aldeanos *suizos.*
Oficiales *de marina y marineros.*

El primero y tercer acto pasan en Suiza, el segundo en Marsella. La accion empieza en 1756, y concluye en 1759.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin con berja al fondo, que dá paso á la montaña practicable, y en cuya cima se vé un peñasco que cae á un precipicio. El todo representa un paisage suizo.

ESCENA I.

Mr. Orbe *y* Juana, *que sentada á la derecha, y con los anteojos puestos, está leyendo un libro. Orbé lee con muestras del mayor interés una carta.*

Jua. «En este silencioso y triste albergue
»de la inocencia venerable asilo....»

Orbe. Juana, si quisiera usted hacerme el favor de leer mas bajo..... me está usted distrayendo.... Hoy llega, si, hoy llega mi querido Wolmar!

Jua. Qué fuego! Qué pasion brilla en estos conceptos! Asi debieran amar todas las mujeres. (*Lee*) «Donde reina la paz sincera y justa
»en sosegado y plácido retiro,
»y la virtud aústera y penitente
»sujeta á la razon el alvedrio.
»Infeliz Eloisa....»

Orbe. El diablo cargue con ella y con usted....! ¿Qué disparates está usted ensartando?

Jua. ¿Cómo disparates? Esta es una obra maestra!... Son los amores de Abelardo y Eloisa.... las cartas mas apasionadas que han visto la luz pública....

Orbe. Si, la novela mas estravagante que han inventado esas cabezas vacias de sentido... y usted que tiene tanto juicio como ellos, exajera esos mamarrachos.

Jua Mamarrachos? afectos admirables que usted es incapaz de comprender....

Orbe. De lo qué me alegro mucho! Y si mi mujer pensase como yo, seria mucho mayor mi contento.

Aua. Qué quiere usted decir con eso?

Orbe. Lo que usted sabe muy bien: yo no soy ningun héroe de novela, y quisiera que mi mujer fuese... asi como yo... á la buena de Dios... y no que con esos malditos librotes que usted les ha enseñado á leer, ella y su prima no saben hablar mas que de sorpresas, de jóvenes galantes, trovadores, aventureros de Carlo-Magno... y en fin, de raptos y maridos celosos.

Jua. ¿Y si usted es uno de ellos, qué culpa tengo yo?

Orbe. La tiene usted de que ellas conozcan lo que no deben conocer.... hé ahí la razon por qué aborrezco esas malditas producciones inglesas y alemanas.... Si mi mujer no las hubiera leido, no seria tan loca é inconsecuente... Yo no sé cuándo sale, cuándo entra, dónde vá, ni lo que hace.... Ahora mismo, por ejemplo, ¿sabe usted dónde se encuentra?

Jua Lo ignoro.... hace mucho tiempo que dejó los andadores, y no necesita de mi.

ORBE. Apuesto algo bueno á que se ha ido á pasear por esos andurriales con su maestrito, con ese elegante pintorzuelo que usted ha introducido en esta casa.... un hombre á quien usted ha bautizado con el nombre de Ernesto.... nombre ridículo y novelesco, nombre en fin que me revienta. Usted le ha traido con el pretesto de que enseñe á Julia el dibujo, para que enamore á mi mujer.... ¿Piensa usted que yo soy ciego?

JUA. Mas valiera que lo fuese usted.... asi no veria visiones tan estravagantes.

ORBE. ¿Conque yo me engaño segun eso?

JUA. Se engaña usted en eso como en todo.... Clara y Julia se han ido solas.... solas; ¿lo entiende usted? á recorrer esa montaña, admirar la bella naturaleza.... y han salido solas.... yo se lo aseguro á usted.

ORBE. Dos jóvenes sin esperiencia.... qué temeridad!

JUA. ¿Teme usted que algun raptor cargue con ellas?

ORBE. Un raptor!... un raptor! y ¿qué, no hay mas que ese peligro que temer? Hace pocos dias ¿no cayó en ese abismo que desde aquí se descubre, allí junto á aquel peñasco, un infeliz viajero? Ese abismo, donde el que cae desaparece para siempre de la vista de los hombres? Dios mio! Qué mujeres tan imprudentes!

JUA. No es ese el principal motivo que tiene usted para inquietarse, no.... los celos....

ORBE. Los celos!...

JUA. Si yo le conozco á usted.... si sé del pié que cojea... ¿Por qué no lleva usted á la mujer cosida siempre á la casaca?

ORBE. Asi lo haria si yo fuese tan dèspota como usted supone.

JUA. Y asi lo hace usted.... Pero á su prima, que no es su mujer de usted, ¿quien le ha dado á usted facultades para tiranizarla?

ORBE. Tiranizarla?

JUA. Sin duda: no le basta haber perdido sus padres y sus bienes, que aun quiere usted, á fuer de tutor, privarla de su libertad? ¿A qué viene ese descabellado proyecto de casarla con un hombre que la duplica la edad; con ese Mr. Wolmar, á quien abomino aun antes de conocerle?

ORBE. Wolmar es un sugeto lleno de honor, y de las prendas mas apreciables.... ha hecho eminentes servicios á los padres de Julia.... y al enlazarse á ella, cree hacer uno de los mas distinguidos.... cree darla una posicion brillante, un porvenir de magnificencia.... ella será una gran señora....

JUA. El mejor señorio del mundo, es amar á su marido... y ella que es una niña, no podrá jamás amar á un vejete.

ORBE. Juana!...

JUA. A un vejete, lo repito;.. ah! pero yo no digo esto por usted... porque si Clara le ama, hace bien en amarle... Usted es diferente... es usted un buen sugeto, con prendas demasiado estimables para tener tanta edad... en fin, merecia usted ser jóven...

ORBE. No parece sino que tengo sesenta años segun exajera usted... Qué diablo! aun me faltan muchos para llegar á ellos!

JUA. Pues lo disimula usted bastante... porque segun el genio y las chocheces, cualquiera le daria á usted setenta.

ORBE. Señora Juana, usted abusa demasiado de mi paciencia y de su posicion!...

JUA. Cómo de mi posicion? Yo soy independiente... yo á usted no le cuesto ni una blanca... Ola! yo puedo vivir en mi casa, y con mucho regalo... tengo trescientas buenas libras de renta que no deben nada á nadie.

ORBE. ¿Y quién dice que le deban?... pero...

JUA. No hay pero que valga... Si yo permanezco en esta casa, no es por usted... es por Julia, por Clara, á quien he visto nacer, y á las que amo como si fuesen mis hijas... ellas me quieren como á su madre... y esto, esto es lo que á usted le desespera, lo que á usted le causa celos.

ORBE. Yo no tengo celos de usted...

JUA. Usted los tiene de todo el mundo... bien que eso no es estraño... todos los viejos son asi.

ORBE. Los viejos?... Señora Juana, usted es una insolente.

JUA. No señor; soy franca, y digo las cosas como las siento... aborrezco á los viejos, y los aborrezco mucho mas desde que he llegado á conocer que yo tambien lo soy... ay!!... sesenta cumplidos! qué palabra tan larga y tan pesada! Yo no sé en qué estaba pensando Dios cuando dispuso que las personas envejeciesen... No valia mas morirse una cuando es jóven, hermosa, y adorada de los amantes? Los muchachos han nacido para amarse y para unirse... pero los viejos... quite usted allá! Casarse un viejo con una jóven?... Eso repugna á la misma naturaleza... y si se casa, ya sabe usted las consecuencias... Constancia? que si quieres! Fidelidad? imposible!

ORBE. Juana, ó demonio!...

JUA. Le incomoda á usted mi franqueza? Pues amigo mio, paciencia, que yo no se adular... Digo lo que siento, y usted hará lo que mejor le parezca... Mis palabras se las llevará el viento, y usted casará á la pobre Julia con su viejo amigo.

ORBE. Eso por supuesto.

JUA. Pues yo no tendré á lo menos el disgusto de presenciarlo... el mismo dia que ese caballero ponga aqui los pies, yo saldré de esta casa.

ORBE. Usted hará lo que mejor le parezca.

JUA. Si señor... abrazaré á mis pobres hijas, y las pediré perdon...

ORBE. Perdon?

JUA. Perdon por no haberlas ahogado en la cuna... esto hubiera sido mucho mejor que dejarlas vivir para que fuesen víctimas de dos Matusalenes.

ORBE. Sino mirára que es usted una vieja loca... Quiere usted callar esa maldita lengua?

JUA. Jamás, jamás, jamás! por mas que usted rabie y se encolerice, no cesaré de publicar...

CLA. (*dentro.*) Por aqui, amigos mios... bajad por esta senda...

ORBE. Oh! la voz de mi mujer! Gracias á Dios!

ESCENA II.

Dichos, CLARA *y aldeanos.*

CLA. Si, gracias á Dios! que á la verdad te ase-

guro.... Buenos dias, esposo mio! Dame un abrazo.

ORBE. No, déjalo para despues...

CLA. Despues? Despues te daré otro... pero ahora quiero abrazarte... (*él hace un gesto de disgusto.*) Yo lo quiero... yo lo mando... Ola! yo tambien soy déspota cuando me acomoda serlo. (*lo abraza.*) Ahora quiero repetir... Qué es eso? Lo rehusas? Pones mala cara? Hipocriton!

ORBE. (*aparte.*) ¿Y quién permanece serio con una mujer asi?

CLA. Amigo mio, ¿estrañas mi alegria? Pues sabe que ha estado en muy poco el que me perdieses para siempre...

ORBE. Para siempre! Qué dice? Dios mio!

JUA. Hija de mi alma!...

ORBE. Pero, ¿qué estrépito es ese? ¿qué traen aqui esas gentes? Mas, oh Dios! Julia desmayada... herida!...

JUA. Mi Julia! mi pobre hija!...

CLA. Tranquilicese usted... de esta ya hemos escapado.

(Ernesto conduce á Julia desmayada, la coloca en un banco del jardin, y los demas personages la rodean.)

ESCENA III.

Los mismos, JULIA, ERNESTO *y aldeanos de ambos sexos.*

JUL. Amigos mios, os doy las gracias!...

ORBE. ¿Pero tendrán ustedes la bondad de manifestarme lo que aqui ha sucedido?

JUA. Si, hijas mias; qué nueva desgracia... yo lloro sin saber por qué.

ORBE. Clara ¿acabarás de esplicarme...

CLA. No te impacientes, que todo lo sabrás. Ya sabes, Juana, esas bellas Margaritas que crecen en nuestras montañas, y que tú nos enseñaste las virtudes que tienen para consultar...

ORBE. (*aparte.*) Buena botánica sabrá la vieja!

CLA. Yo quise arrancar una... para estudiar en ella si cierto sugeto me amaba.

ORBE. ¿Y qué sugeto es ese?

CLA. ¿Què sugeto habia de ser? Tú, tú, celoso insufrible! La flor estaba al borde de ese abismo....

ORBE. Cielos!... al borde del abismo!!...

CLA. No te asustes, y déjame concluir... Me inclino para cojerla... siento un vahido y grito... «Socorro!...» Julia que estaba á mi lado, me agarra de la mano, pero demasiado débil para sostenerme, iba á caer conmigo en el precipicio....

JUA. ¡Virgen Santísima!

JUL. Cuando este caballero, que el acaso habia traido á nuestro lado...

ORBE. El acaso? (*refunfuñando.*)

CLA. El acaso, si señor... Y qué, señor filósofo, ¿se ruboriza usted porque lo publicamos?... Usted ha sido nuestro libertador, y nosotros conservaremos eternamente la gratitud en nuestros pechos. No es verdad, prima mia?

JUL. Oh! si, eternamente!

ERN. Señoras, yo me considero el mas dichoso por el pequeño servicio que ustedes exageran demasiado.

CLA. Demasiado? Usted habla asi por modestia; pero yo digo y publicaré eternamente que usted nos ha salvado la vida.

JUA. Escelente jòven! De buena gana le daria un abrazo!

ORBE. (*aparte.*) Qué miradas tan tiernas dirije á mi mujer! Vaya, muchachos, venid, que quiero recompensaros el interés que mostrais por mi pupila. Y usted, señor profesor, ¿no nos acompaña?

ERN. Con mucho gusto, señor Orbé.

JUA. Si me hiciérais el obsequio de darme el brazo... voy á tomar una chispa á la salud de nuestro libertador!

JUL. Nuestra buena Juana!...

CLA. Hasta luego, señor Ernesto!

ORBE. (*ap.*) No separa de ella los ojos! Vamos, amigo mio, vamos; nada de cumplimientos. (*marchan.*)

ESCENA IV.

CLARA *y* JULIA.

CLA. Pobre Orbé, no puede disimular sus celos! Es singular su estravagancia! Los maridos tienen unas ideas!

JUL. Y como tú no procuras desvanecerlas.... Parece que te complaces en desesperarle.

CLA. Yo?

JUL. Si, tú; confiesa que eres un poquillo coqueta.

CLA. Coqueta? No lo creas... no te negaré que en algun tiempo tuve cierto temor... por mi marido, no por mi, porque yo le amo demasiado, y sentiria haberle hecho padecer.

JUL. Oh! yo supe mucho despues el peligro que corriste...

CLA. Y me diste, aunque indirectamente, magníficos consejos que supe aprovechar.... Asi es que ahora solo me inspira Mr. Ernesto, amistad, gratitud... pero nada mas... Bien que si hubiera sentido otros afectos, ciertas observaciones bastarian para curarme...

JUL. Qué quieres decir?

CLA. Cuando el señor Ernesto está á solas contigo, no habla tan solo de pintura, de bellas artes....

JUL. Asi es verdad... y, ¿no admiras tú misma su elocuencia cuando refiere los sentimientos del alma?... Y cuando habla del amor, de ese amor tan puro, tan verdadero, ¿no adviertes en sus ojos una espresion que realza mas sus palabras?

CLA. Sin duda... Y cuando tú le escuchas tan embebecida, no te acuerdas del amigo de nuestro tutor... de ese Wolmar, que te destinan para esposo.

JUL. Y al que jamás daré mi mano...: ¿Podria yo enlazarme á un hombre que apenas conozco? ¿Juraria amor eterno en los altares á un anciano á quien jamás pudiera amar?

CLA. Escucha, Julia... yo tengo diez y ocho años, y tú apenas cuentas diez y nueve... yo estoy siempre alegre y riyendo, y tú estás triste y taciturna... Asi, cualquiera conocerá que yo tengo mas talento que tú, una imaginacion mas viva.... Ademas, yo tengo un estado mas; soy una señora muger casada, y por consiguiente la mas á propósito para consejera.... Por lo tanto fijemos la cuestion.... Para que una muger sea dichosa, debe lo primero amar á su marido.... esto es lo mas esencial, porque

la que no ama á su marido, tarde ó temprano concluye por amar á un galan... asi, pues, yo desapruebo los matrimonios de conveniencia.

JUL. Y sin embargo, te casaste de ese modo.

CLA. Es cierto, y no tengo por qué arrepentirme. Es verdad que Orbé es una escepcion entre los maridos de cincuenta años; pero no por eso deja de ser un matrimonio contrario á lo que prescribe la misma naturaleza... Es una ventura que puede asegurarse se encuentra muy rara vez... Para formar un lazo indisoluble, se requiere conformidad de ideas, de caracter, de edad.... en fin... tú tienes diez y ocho años; pues tu marido debe tener lo mas veinte y cinco.

JUL. Ciertamente... y esa es la edad de Ernesto (*vivamente.*)

CLA. Si, con efecto... esa vendrá á ser poco mas ó menos... Tú eres buena, tierna, apasionada... y tu marido debe ser...

JUL. Amable, valiente.... como él precisamente, que acaba de salvarnos, esponiendo su existencia.

CLA. No hay duda... pero como tú eres huérfana y Orbé es tu tutor... no consentirá jamás que des tu mano á un hombre desconocido, á un hombre que no te merezca.

JUL. Ya; pero como no sabemos quiénes sean los padres de Ernesto...

CLA. Ignoramos por consiguiente si son tan nobles como lo fueron los tuyos.

JUL. ¿Pero á qué vienen esas reflexiones? Juzgas tú...

CLA. Juzgo lo que creo que es verdad... Esa proyectada union con Wolmar me asusta, y tiemblo por ti, prima mia... Yo quisiera mejor que Ernesto...

JUL. Prosigue.

CLA. Silencio! él viene aqui!

JUL. Habrá oido?...

CLA. No, tranquilizate... Ademas, que como ignora....

ESCENA V.

Las mismas y ERNESTO *por el foro.*

ERN. ¿Hay hombre mas desgraciado?... Recibir semejante afrenta!...

CLA. ¿Qué tiene usted, señor filósofo?

ERN. Ah, señoritas! Yo suplico á ustedes me perdonen...

JUL. El qué hemos de perdonar?

ERN. Acabo de separarme de Mr. Orbé, el cual me ha manifestado que hoy debe llegar un tal Wolmar, el esposo que destinan á usted, amable Julia.

JUL. Asi lo ha dispuesto mi tutor.

ERN. Y en seguida me ha hecho presente, con la mayor urbanidad, que mis lecciones eran ya inútiles, y que podia marchar cuando gustase.

JUL. Marchar!...

ERN. Si, señorita, es lo mas acertado.... porque si permaneciese aqui, sufriria terriblemente.

CLA. Yo lo creo, porque como mi prima tendria que abandonar el estudio de las artes, por atender á los deberes domésticos... Una muger debe consagrarse enteramente á su marido y no pensar en otra cosa que en complacerle. Pero usted tendrá.... ¿quién lo duda? otros discípulos?...

ERN. No, señorita, no tengo mas que su prima de usted

CLA. Pero sus padres de usted... sus amigos...

ERN. Amigos? Uno solo he tenido en este mundo... Sir Eduardo... pero marchó á Inglaterra, y quién sabe si le volveré á ver?

JUL. Sin embargo, los padres de usted...

ERN. Mis padres? El que me dió la existencia, no vivia cuando yo nací; y á mi pobre madre le costó la vida el que yo viese la luz... Señoras, soy muy desgraciado!

JUL. Confienos usted sus pesares, tal vez esto mitigue algun tanto su amargura... Nuestros consuelos dulcificarán sus penas!..

ERN. Quiero complacer á ustedes, dándoles gracias por el interés que toman por este triste huérfano... Mi madre era pobre, y tan pobre, que ni aun siquiera pudo dejarme un nombre de que pudiera envanecerme... Las caricias de mi infancia las prodigaba yo á personas indiferentes que las acogian mas con piedad que con ternura... Sin embargo, un hombre desconocido velaba por mi, y atendia á todos mis gastos.... Me colocó en los mejores colegios, donde satisfacia mi pension... Mis adelantos eran tan rápidos que alcanzaba siempre los primeros premios.... mas mi alegria se tornaba en amarga tristeza, cuando observaba que no habia allí una persona que celebrase mis triunfos... Una madre querida á quien presentar mis coronas... mi protector se ocultaba.... Solo un estrangero, mi único amigo, Sir Eduardo, era el que conocia este misterio.... mas habia jurado no revelarle... y jamás pude conseguir me dijese el nombre de mi bienhechor... Por último, el amor propio me inspiró la idea de huir de aquel pais donde mi existencia era un oprobio... dejé la Inglaterra, atravesé la Francia, y vine á la Suiza á admirar sus valles pintorescos, esas gigantes montañas y esos paisages encantadores, dignos modelos de un artista... Hace un año que llegué á este pais, y ese mismo tiempo hace que no me he separado de usted, amable Julia, que no he cesado de admirar ese candor angelical, ese...

CLA. Si, amigo mio.... usted ha admirado á mi prima, y nos ha prodigado á las dos la ternura de un hermano... pero sin embargo, es preciso que usted nos deje.

JUL. Y tal vez para siempre!

ERN. Para siempre!! Yo habia llegado á imaginarme... ¡pobre insensato! que la suerte habia cesado de perseguirme... Soñaba un porvenir de felicidad... felicidad! no existe para mi.... y no solo es preciso partir, sino que á este indecible tormento se agrega el menosprecio y el insulto... Mr. Orbé... ah! debia yo esperarlo?

CLA. Mr. Orbé?

ERN. Si, su esposo de usted, señora, envidia la ventura que la suerte me ha deparado al libertaros de la muerte, y quiere recompensármela con oro.

LAS DOS. Con oro?

ERN. Yo lo rehusé con dignidad y nobleza... pero semejante oferta, no denigra mi pundonor?

Jul. Ah, señor Ernesto! Yo suplico á usted que perdone á mi tutor.

Cla. Si, debe usted perdonarle... porque seguramente su intencion no seria ofenderle... es un escelente hombre; pero tiene ciertas rarezas... Vamos, señor Ernesto, usted que es tan bueno y de un alma tan generosa, no ha conocido usted que... Julia, es preciso que nosotras reparemos esta falta.

Jul. y Ern. Cómo?

Cla. El qué tiene que ver en este asunto? Nosotras somos las deudoras, las que estamos en descubierto con este caballero, y las que debemos recompensar su valor y generosidad.

Ern. Recompensar? Señora, ¿imagina usted...

Jul. ¿Qué pretendes?

Cla. Julia, es indispensable! Lo repito, nosotras pagaremos á usted... en moneda de mugeres. (*ap. á Julia.*) Con un abrazo... platónico... tómele usted (*lo abraza.*)

Ern. Ah señora!...

Cla. ¡Qué descansada queda una despues de pagar sus deudas! Ahora te toca á ti, prima mia!

Ern. Julia! (*enagenado de alegria.*)

Jul. Clara, ¿pero qué locura...

Cla. No te hagas la remolona... Yo pagué; con que tú... señor filósofo, ¿no quiere usted dar un pasito *an avant*? (*Ernesto abraza á Julia.*) Asi me gusta... salimos de trampas... Quiere usted darnos el recibo?...

Ern. Ah señora! á usted debo el mayor placer que he disfrutado, y que espero disfrutar en toda mi vida. Si, esta separacion que se me impone; el próximo casamiento de usted, el ultraje de Mr. Orbé, y sobre todo ese celestial abrazo, despiertan en mi alma todo el fuego de mi pasion... Si, Julia, si, querida Julia; yo amo á usted frenéticamente! (*postrándose á sus pies.*)

Cla. Hay Dios mio! ¿qué es lo que usted hace?

Jul. Levántese usted por Dios, señor Ernesto.... oh! yo se lo suplico, levántese usted...

Ern. Este dulce recuerdo me acompañará en mi destierro, y vivirá siempre en mi apasionado corazon... y usted, señorita, ¿no pensará alguna vez en el desgraciado Ernesto?

Jul. Si... si... alguna vez .. si... siempre! Pero por Dios no esté usted asi!

Jua. (*dentro.*) Clara! Julia! Hijas mias!

Cla. Maldito abrazo! yo, yo tuve la culpa, necia de mi!

ESCENA VI.

Los mismos, Juana.

Jua. Julia, Clara, hijas mias; abrazadme... abrazadme, y dadme el beso de despedida.

Jul. Qué dice usted?

Cla. Dejarnos? Qué está usted hablando?

Jua. Es indispensable... porque hoy van á suceder aqui cosas... que yo jamás consentiré... y que de ningun modo quiero presenciarlas.

Cla. Qué cosas?

Jul. Un criado de Mr. Wolmar acaba de llegar, y le dejo conversando con tu marido.... y su amo no tardará mucho en presentarse en esta quinta.

Jul. Tan pronto?

Ern. Qué horror me inspira este hombre! Ya le aborrezco, aun antes de conocerle.

Jua. Mi querida Julia, si tú supieras cuánta hubiera sido mi complacencia mi felicidad si hubieses hecho un buen casamiento... con un joven... buen mozo... con el señor, por ejemplo.... no, no; con el señor no.... porque.... es decir... Semejante pensamiento... Pero cuando pienso que van á sacrificarte...

Ern. ¿Y no habria un medio de impedir tan abominable union?

Jul. Prima mia, aconséjame qué debo hacer.

Cla. Y qué quieren ustedes que yo les diga? Mi marido es tan testarudo....

Jua. Es testarudo? Pues nosotras lo seremos mas!... Si fuese yo la novia, ya veriamos si me hacian casar contra mi gusto... Calabazas mas frescas que las que habia de llevar... Pero en fin, aqui no sirven lágrimas... lo que se necesita es valor y resolucion... y si quieres creerme, Julia, debes rechazar con firmeza el partido que te proponen. Un *no* tiene las mismas letras que un *si*, y cuesta el mismo trabajo el pronunciarlo... y cuando se trata de una cosa que debe durar toda la vida, es menester mirarlo muy despacio.

Ern. Julia!

Jul. Clara!...

Cla. Bien!... probemos á ver si... justamente viene aqui mi marido.

Jua. Me alegro!... nada!... un pronunciamiento!... Yo ayudaré á ustedes... á voces le confundiré... apuradamente tengo un pulmon tan sano... Ya está aqui... toquemos la generala.

ESCENA VII.

Los mismos y Orbe.

Orbe. Qué es esto? Qué sucede aqui? Lágrimas?... ¿De este modo me recibes, cuando vengo á anunciaros una feliz noticia?

Cla. Pues esa feliz noticia es precisamente la causa de que nos encuentres de este modo.

Orbe. Clara, ¿qué estas diciendo? Serias capaz?..

Jua. De llorar cuanto le de la gana... No falta mas sino que el señor déspota quiera mandar en nuestros ojos... (Firme, hija mia!) (*aparte á Clara.*)

Orbe. Quiere usted callar, señora Juana? Demasiado comprendo que todo esto es el fruto de esos consejos...

Jua. Muchito... y estoy muy ufana de ello!... (Ya es tiempo de avanzar.) (*aparte á ellas.*)

Orbe. Si? pues yo que soy el amo de esta casa, le digo á usted que tenga la bondad de dejarnos solos...

Jua. Cómo?

Orbe. Que se retire usted de aqui, y no se entrometa en lo que no le pertenece...

Jua. Que no me pertenece? No me pertenecen mis hijas, eh?

Jul. Juana, por Dios!... señor de Orbé, ¿se dignará usted escucharme?

Orbe. A ti, Julia, con mucho gusto; justamente venia á eso mismo; á hablar contigo y con mi mujer; pero como los asuntos reservados deben tratarse sin testigos, señora Juana, ¿me entiende usted?

Jua. Si señor, demasiado que lo entiendo; el lobo quiere apartar al perro del redil; pero no importa, yo estaré alerta... Ya me retiro, y le dejo

á usted el campo libre. (Animo, hijas mias.... nada de transacion... bandera negra!) (*vase.*)

ERN. Señorita Julia, deseo á usted mil felicidades!... Señores... (*saludando á todos, vase.*)

ORBE. Caballero.... tengo el honor de.... (Pobre mozo! ya se ve! pierde una discípula.... yo lo siento, pero primero soy yo; ha dado en la manía de enamorar á mi mujer!)

ESCENA VIII.

ORBE, CLARA, JULIA.

ORBE. Julia.... pero, ¿qué es eso, hija mia? Tú lloras?

CLA. Si, ven ahora con zalamerías despues de lo que acabas de hacer.

ORBE. Yo?

CLA. Si, tú... haber despedido tan groseramente á nuestra pobre Juana, á la que miramos como una segunda madre.

ORBE. Yo no la he despedido! Ella es la que ha querido marcharse; y si he de decir verdad...

CLA. Tú eres tan déspota, que todo lo dispones sin consultar con nadie, y las mas de las veces haces unas barba...

ORBE. Barbaridades... acaba: no era eso lo que ibas á decir?

CLA. Me alegro de que adivines mi pensamiento.

ORBE. Pues bien, no te enfades, Clarita mia.... examinemos las cósas con calma, que te doy palabra que si yo no tengo razon, me someteré á lo que tú mandes... Ya sabes que mi mayor placer es el veros dichosas... y que para conseguirlo no omitiré medio alguno. Cualquiera sacrificio me será grato. Tengo el genio algo áspero, es verdad... pero mi corazon sabes que no es perverso; asi no debeis dudar...

JUL. Oh! eso si, querido tutor; usted ha cuidado de mi infancia, me ha educado, y me ha tratado siempre con un cariño verdaderamente paternal; pero sin embargo, á veces... ese mismo cariño nos alucina, y con buena intencion...

ORBE. No te entiendo.

CLA. Pues sin embargo, bien claro habla; ¿te figuras que todas las muchachas han de ser tan locas como yo, que me casé contigo sin reflexionar lo que hacia, y... sin saber por qué?

ORBE. Es cierto, pero creo no haberte dado motivos para que te arrepientas.

CLA. No, no me arrepiento, pero sin embargo....

ORBE. Cómo sin embargo?

CLA. Nada, ahora no se trata de eso; se trata de Julia y de tu protejido.

ORBE. De Wolmar?

CLA. Pues, de Wolmar... tú, como si lo viera, no habrás dejado de escribirle que venga cuanto antes, que le aguardamos con impaciencia, que Julia le ama sin conocerle...

ORBE. Justamente.

CLA. Pues justamente has hecho una solemne majaderia! ¿No tuviste presente que era indispensable saber primero?...

ORBE. El qué?

CLA. La voluntad de Julia; saber si ella consentia... si... Vamos, Julia, ¿á que viene la timidez? Dile francamente lo que piensas, y acábese de una vez un asunto tan enfadoso.

ORBE. Cómo, Julia! Serias capaz de oponerte... de despreciar á mi antiguo amigo, al protector de toda tu familia?

JUL. Señor, confieso que esta union seria el colmo de mi infelicidad; ademas que yo.... no quiero casarme; solo deseo permanecer aqui, al lado de usted y de mi querida prima.

CLA. ¿Lo entiendes? Ella no quiere casarse.

ORBE. No quiere, no quiere, y ¿juzgas tú que yo deseo tiranizarla? ¿Por qué no lo dijo antes? Y no que ahora se ha hecho público el casamiento... yo he dado parte á todos mis amigos... desbaratarlo, seria hacer á Wolmar un insulto cruel que no merece ciertamente. Seria la ingratitud mas negra que pudiera imaginarse. ¿Sabes, Julia, lo que hizo por los que te dieron el ser? Tu padre se hallaba arruinado, y próximo á una bancarrota. Su honor estaba comprometido por haber aceptado intereses que no podia devolver; iba á ser encarcelado, vilipendiado, y ese mismo señor Wolmar fué el angel salvador que le tendió la mano, y libertó á toda su familia del deshonor y la indigencia.

JUL. Ah! si... ¿y yo he podido olvidarlo?

ORBE. Perdona, hija mia, si te recuerdo cosas que han de afligir tu corazon. Pero en el caso en que nos hallamos, lo considero indispensable. Tu madre, tu pobre madre en su postrer momento, me confió su última voluntad... tú no pudiste escucharla, porque te hallabas desmayada en los brazos de tu prima. Clara; dile tú cuales fueron las últimas palabras de su madre... su único deseo... díselo, porque á mi este recuerdo me afecta demasiado... y no me es posible repetirlas.

JUL. Madre mia!... habla, ¿qué dijo?

CLA. Yo no se... á qué viene ahora?...

JUL. Habla, yo te lo suplico!

CLA. Pues bien! dijo... «Lego mi hija, que es la »mas hermosa manda de que puedo dispo»ner...»

JUL. Continúa.

CLA. «Y la dejo al que ha salvado el honor de »nuestra casa.»

ORBE. Si, esas fueron sus palabras! (*enternecido*)

CLA. «Y si mi hija me ama, si conserva el dulce »recuerdo de la que le dió el ser...»

JUL. Continúa, continúa.

CLA. «Añadirá al apellido de sus padres el de Wol»mar... Esta es mi última voluntad, hija mia, y »te suplico no la olvides» Pocos momentos despues, mi pobre tia habia dejado de existir! (*sollozando.*)

JUL. Oh, madre mia!... Si tú vivieses, yo iria á postrarme á tus pies... te suplicaria... te enterneceria, y tendrias piedad de tu pobre hija!... Pero ya no existes, y tu última voluntad es un precepto sagrado para mi... Señor Orbé, estoy pronta á obedecer á mi madre... daré mi mano á Mr. Wolmar.

ORBE. Mi querida hija, tú eres un ángel del cielo!

CLA. Pobre prima!

ESCENA IX.

Los mismos y un CRIADO.

CRIA. El señor conde de Wolmar acaba de llegar á la quinta, y pide permiso para presentarse.

ORBE. Ah! corro á su encuentro!

Jul. Permita usted que me retire... el estado en que me encuentro.... no debe presenciar mis lágrimas.

Orbe. Es muy justo.... Clara, acompáñala, y asi que se tranquilice, podeis volver á este sitio. (*vanse las dos.*)

ESCENA X.

Orbe, *y poco despues* Wolmar.

Orbe. Pobrecilla!... yo tambien, confieso que no pude contener mis lágrimas. Pero, qué diablo! Es preciso ser superior á semejante debilidad. Basta de tristeza... pensemos solo en recibirle... ah! hele aqui! (*va á marchar y se presenta Wolmar.*) Al fin te veo, mi querido capitan!

Wol. Mi antiguo amigo!... (*se abrazan.*)

Orbe. Ya se vé, como te veo tan de tarde en tarde....

Wol. Qué quieres? Como yo necesito un permiso del monarca para dejar mi buque.... Y luego, tú me has recibido tambien como un marino... me has hecho hacer cuarentena en ese maldito parque...

Orbe. Amigo, no se puede entrar de sopeton á ver á un hombre casado...

Wol. Ya veo que eres el mismo!... Siempre celoso!

Orbe. Como mi mujer es siempre linda...

Wol. Ola! es linda? entonces no consentirás que la dé un abrazo.

Orbe. Mejor que eso... La mandaré que te lo dé á ti.

Wol. Mandar?

Orbe. Si, mandar... y tú veras como me obedece. Oh! amigo mio! Yo soy un pequeño déspota!

Wol. Haces muy mal... no es ese el mejor medio de hacerse amar de las mujeres!

Orbe. Hombre, los maridos siempre tienen un poco de despotismo.. Oh! pero el mio es ilustrado, porque mi mujer no tiene motivos de quejarse. Ella manda mas que yo, y por eso me quiere.... me adora.... conozco perfectamente á las mujeres! He hecho su estudio... y ya, ya te enteraré de algunas máximas para que te sirvas de ellas, asi que contraigas el dulce lazo.

Wol. Qué lazo? ¿Insistes todavia en la mania de casarme?

Orbe. Voy, voy á presentarte á mi mujer.

Wol. Escucha, Orbé; tú me has hecho de Julia una pintura tan lisongera, tan alhagüeña, que te confieso, amigo, que en el primer momento fué tal mi entusiasmo... Pero despues he hecho sérias reflexiones... y por el bien de tu pupila y por el mio propio, conozco que debo renunciar á semejantes proyectos.

Orbe. Renunciar? Estas loco? (*aparte.*) Vaya, hoy se han propuesto todos desesperarme.

Wol. Mira, Orbé; yo no soy tan preocupado que no conozca mis buenas y mis malas cualidades... soy un amigo franco y sincero, y cuando se trata de favorecer á mis semejantes, lo hago con el mas grande placer... pero en materias de amor, confieso que soy un pobre hombre... Desconozco esas galanterias, esos cumplimientos, esas atenciones que la etiqueta reclama respecto á las señoras...

Orbe. Hombre, eso se adquiere luego.

Wol. No; seamos francos... Mi vida debe terminar del modo que ha empezado. La tierra no es mi elemento, ya lo sabes. A mi no me ilusiona, no me enagena mas que el mar, ya se presente alborotado, ó tranquilo, tempestuoso, ó en calma; en fin, la vida hermosa y poética del navegante. Mis marineros son mis hijos, mi bagel mi patria, los peligros mi existencia, y el honor mi recompensa!

Orbe. Qué disparate! A tu edad ya debes renunciar á semejantes contratiempos! Debes pensar tan solo en descansar; tú te acostumbrarás á este género de vida. Creeme, amigo mio, una mujer hermosa es un espectáculo mas bello que la mejor de tus tempestades! Ademas, que tambien el matrimonio tiene sus borrascas y temporales; pero viene el iris de paz, y todo termina agradablemente. Te verás como yo, querido y acariciado, y esto vale mucho mas que todas las ventajas que ponderas. Para reemplazar tus marineros, tendrás un enjambre de pequeñuelos que se montarán en tus rodillas, que te llamarán papá...

Wol. Ah! tú tienes hijos?

Orbe. Todavia no... pero no es tarde; tú les darás anises y bombones; les harás aprender la maniobra, y mas adelante se harán marineros como su padre.

Wol. Cállate, hombre, cállate, porque harás que consienta en semejante locura.

Orbe. Ahi tienes pues conqué reemplazar tu buque, tus tormentas, tus marineros.... y qué se yo? En cuanto al honor, eso le pertenece á tu mujer.

Wol. Y eso es precisamente el principal motivo de mi repugnancia. Si la reputacion de hombre honrado, esta reputacion que yo he adquirido en tantos años de una conducta irreprensible, se viese un dia comprometida por la ligereza de una mujer, yo moriria ciertamente, amigo mio; pero moriria despues de haber lavado mi afrenta en la sangre de la perjura.

Orbe. Ah! conque tambien eres celoso? Me alegro, me alegro, Wolmar! Hasta en eso nos parecemos. Yo soy celoso como un turco, y si alguno me ofendiese en ese particular.... Aun puedo manejar una espada; me batiria... mataria á mi rival.... mataria á mi mujer.... mataria....

Wol. Si, matarias á todo el mundo; ya lo sé; pues bien, tú mismo haces buena mi razon.

Orbe. En qué? Qué disparate! Estos son pensamientos absurdos. Exageramos desgracias que estan muy lejos de suceder. Julia es una mujer, como hay pocas, un modelo de virtud... yo responderia de ella aun mucho mas que de mi mujer, y ya ves si Clara...

Wol. Si; pero Julia es tan jóven...

Orbe. Tanto mejor; asi podrás educarla á tu manera; la enseñarás á que te adore, que es lo que yo he hecho con mi Clara... En fin, yo he solicitado en tu nombre la mano de Julia, y ella ha consentido en ello.

Wol. Ha consentido?

Orbe. Con el mayor entusiasmo... Y en fin, este es negocio ya concluido, y no hay que hablar mas del particular.

Wol. Bueno; pero quiera Dios no te arrepientas algun dia.

Orbe. Al contrario; tú me darás las gracias.... Pero aqui está tu mujer.

ESCENA XI.

Los mismos, Clara, Julia, Ernesto y Juana.

Wol. Cuál es? La primera? (*señalando á Clara.*)
Orbe. No, hombre, que esa es la mia. ¿Qué tal te parece?
Wol. Encantadora! Yo te felicito, amigo mio!
Orbe. ¿No es verdad que es muy linda mi mujer? Y Julia?
Wol. Divina! Tenias razon, amigo mio. Es una mujer admirable! Un semblante tan lleno de candor...
Orbe. Cuando te digo que es un angel! Se estan despidiendo de su nodriza. Una buena anciana que las vió nacer. Dejémoslas que se enternezcan y lloren libremente!...
Wol. Y ¿quién es el jóven que las acompaña?
Orbe. Es... un cualquiera.... un artista que ha dado algunas lecciones de dibujo á las muchachas... Yo le he despedido, y se vá con la nodriza.

(Juana y Ernesto empiezan á subir por la senda de la montaña que está en el fondo. Orbé se adelanta á las jóvenes y las conduce por la mano á donde está Wolmar.)

Aqui tienes, Clara, al amigo que esperábamos... á mi querido Wolmar... Julia, tengo el honor de presentarte á tu futuro...
Wol. Señorita, ¿seré yo tan feliz que me conceda usted tan dulce titulo?
Cla. (*aparte.*) Animo, Julia mia.
Jul. Caballero, esa fué la última voluntad de mi madre... y para mi son sagrados sus preceptos!
Orbe. Bravo, hija mia! tú cumples con tu deber, y el cielo te recompensará... Vas á ser muy dichosa...

(La coloca al lado de Wolmar, y este la toma la mano con la mas fina atencion, y se la besa.)

Jul. Dichosa!... y él... (*señalando á Ernesto que las saluda enternecido desde lo alto de la montaña.*)
Cla. (El te olvidará... como hacen todos los hombres... y tú debes...)
Orbe. Vamos, amigo mio, dá la mano á tu novia, yo á mi mujer, y ven á descansar. (*aparte.*) (Libres ya del importuno forastero, todo andará perfectamente.) Vamos...
Wol. Vamos!

(Juana y Ernesto saludan por última vez desde la cima de la montaña, y se retiran llorosos. Los cuatro personages entran en la casa que está á la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon elegantemente adornado, en la ciudad de Marsella.

ESCENA PRIMERA.

Orbe y Clara.

Orbe. Se lo repito á usted, señora mia; esto no es natural.
Cla. Y yo repito á usted, caballero, que hace muy mal en desconfiar de su muger... y que debe usted creerla en todo cuanto le diga.
Orbe. Creerla!
Cla. Y que si no fuese porque tiene mejor caracter que usted, porque le ama mas que se merece, ella haria que se arrepintiese usted de sus infundados zelos.
Orbe. Bueno! todo eso no son mas que buenas razones, pero no satisfacen mis sospechas... Lo que yo quiero que usted me diga, es qué correspondencia misteriosa es esa que usted recibe, y que lee á solas con su prima.
Cla. Eso es lo que usted quiere saber, y lo que yo no quiero decirle.
Orbe. Por qué?
Cla. Porque yo no puedo revelarlo.... porque no debo hacerlo.
Orbe. La razon?
Cla. Porque es un secreto que se me ha confiado, y que yo no puedo revelar á nadie.
Orbe. Ni á mi tampoco?
Cla. A usted menos, porque es usted tan curioso, tan exigente, que ya no puedo soportarle.
Orbe. Usted abusa de mi paciencia. Señora; en nombre de la suprema autoridad que ejerzo sobre usted, yo le mando...
Cla. Ah! Ah! Ah! Yo lo mando! (*remedándole.*) ¿qué nuevo lenguaje es este, señor mio?
Orbe. Pues bien, ya no te mando; pero si te suplico, Clara mia, por el cariño que te profeso, que no me hagas padecer con tu reserva.
Cla. Eso ya es otra cosa; ese lenguaje es mas conveniente, y el que quiero que uses siempre: desecha esos ridículos zelos. Si estuviese en mi mano complacerte, ¿crees tú que guardaria silencio contigo?
Orbe. Con que es decir que persistes en tu silencio?
Cla. No puedo hacer otra cosa, y no te canses en preguntarme, porque mi determinacion es irrevocable. Los buenos maridos deben tener confianza en sus mugeres, y cuando yo me callo siendo tan amiga de charlar, ya puedes hacerte cargo, que habrá razones de mucha importancia que me obligen á ello.
Orbe. Bien, vamos, te creo... porque, como tú dices, los buenos maridos deben tener confianza en sus mugeres.
Cla. Siempre, y sin límites!
Orbe. Si, siempre! (Sin embargo (*ap.*) yo procuraré averiguar de quién son las tales cartas.)

ESCENA II.

Los mismos, Wolmar, y Antonio.

Wol. ¿Quedas enterado, Antonio? (*al entrar.*)
Ant. Si, mi capitan
Orbe. Ola Wolmar! (*corriendo á darle la mano.*)
Wol. Buenos dias, amigo mio: tan temprano levantada, señora? Es muy estraño. (*vuelve á hablar en secreto con Antonio.*)
Cla. No lo es, señor conde, porque yo conservo en Francia las mismas costumbres que observaba en nuestras montañas... Pero ¿qué tiene usted? Si no me engaño le veo á usted agitado....
Orbe. Con efecto; yo iba á preguntarte lo mismo: observo en tu semblante un no sé qué... ¿Qué te desazona, amigo mio?
Wol. Pronto lo sabrás... Es fuerza, amigos mios, que informe á ustedes de mis pesares.

ORBE. (Ay Dios mio! ¿Si estará tambien zeloso?)
CLA. (¿Habrá llegado á sospechar? Yo tiemblo!)
ORBE. Vamos, hombre, esplicate!
WOL. Perdona un momento. Antonio, ve á casa del gobernador; dile que si ha recibido para mi un pliego de Versalles, que le aguardo con impaciencia... Marcha! (*va á marchar.*) Escucha! (*le llama.*) ¿No es á las nueve cuando el conde de Provenza dá la vela?
ANT. Si, mi capitan.
WOL. Y la primera señal de marcha, ¿cuál es?
ANT. Tres cañonazos.
WOL. Quedo enterado. Ve, no pierdas tiempo. (*vase Antonio.*)

ESCENA III.

WOLMAR, ORBE *y* CLARA.

ORBE. Tú me asustas... ¿Qué te importa á ti la marcha de ese buque?
CLA. ¿Vá á su bordo tal vez alguna persona que le interese á usted?
WOL. Señora, querido amigo, no debo recatar á ustedes mas este secreto. El sugeto que va á partir, soy yo mismo.
ORBE. Tú!
CLA. Usted? Seria posible? ¿Usted dejarnos, señor conde?
ORBE. No lo consentiremos nosotros. ¿Cómo pudiéramos vivir sin ti?
CLA. Dice bien mi esposo; por complacer á usted hemos dejado nuestros hermosos valles de la Suiza, y nos hemos venido á Marsella á habitar en esta casa, desde cuyos balcones divisa usted el puerto, las ondas encrespadas, los buques y sus bulliciosos marineros. No hemos vacilado en dar á usted gusto, y ahora que estamos tan contentos con disfrutar de su amable compañia, ¿pretende usted dejarnos?
ORBE. Cómo dejarnos? Eso no puede ser... lo repito, nosotros no lo consentiremos...
WOL. Y sin embargo, es absolutamente preciso.. Ignoras que los militares, los marinos particularmente, somos esclavos del deber? Que no podemos replicar cuando se nos intima una órden en nombre del monarca? Ya habrás oido hablar de esa espedicion que se dispone para las Indias bajo el mando de Mr. de Lalli... Pues bien! yo formo parte de ella.. el rey lo quiere; hace mas de un mes que recibi la orden de embarcarme, y hoy debemos partir. Hoy mismo debo tomar el mando del brick el conde de Provenza.
CLA. Hace mas de un mes! Y en todo ese tiempo por qué no nos ha manifestado usted....
ORBE. Y ademas volver á emprender el servicio á tu edad.
WOL. Mi edad? Mi edad es lo de menos; 48 años no es tanta que no conserve aun la fuerza de la juventud. Aun tengo el talento que se requiere para dirigir un combate: mi voz resuena fuerte y sonora para mandar la maniobra; mi sangre hierve en las venas; mi corazon se entusiasma á la vista del pabellon enemigo! Pero es preciso que os descubra lo que pasa en mi pecho. Recordareis, amigos mios, tú particularmente, Orbé, la predileccion con que miraba habrá un año esta profesion de marino, esta vida aventurera, que á ti te parecia tan peligrosa? Me hablaste de tu pupila, de Julia, y yo rechazé el proyecto de enlazar un viejo soldado á esta doncella encantadora; yo no pensaba entonces mas que en volver á la mar, á los combates, á los peligros continuos que yo miraba como mi suprema felicidad... Sin embargo, accedí á lo que quisiste, y Julia me dió su mano, jurándome fidelidad en los altares. Ay, amigo mio! Tú tenias razon... ella es un ángel, y yo la amo, la adoro con todo el fuego de la juventud! Ella ha cambiado mi caracter; me ha hecho conocer una ventura que jamás habia disfrutado. Ha conseguido en fin, que mi único pensamiento, mi única felicidad, mi solo deseo, toda mi esperanza, sea el estar siempre á su lado, no separarme de ella un solo instante.
ORBE. Lo ves? Si lo decia yo... si estaba seguro de ello!
CLA. Pues si eso es asi, señor conde, ¿por qué pretende usted dejarnos? Esa órden, ¿es irrevocable?
WOL. Tal vez, señora! Juzgue usted de mi desesperacion, de mi suplicio cuando recibí esta prueba de confianza que en otro tiempo me hubiera envanecido. Escribi al ministro, representé al mismo rey pidiendo mi retiro, alegando mis muchos y dilatados servicios, mis heridas; imaginé me concederian sin dilacion esta demanda, á mi, que en 30 años jamás he importunado á la corte con ninguna solicitud; oculté á mis amigos, á Julia misma, la causa de mi turbacion, de mis pesares, esperando una resolucion favorable; pero no llega, y dentro de una hora el brick debe darse á la vela. Dejar á mi Julia, separarme de ella al año de mi matrimonio, cuando disfrutaba de la mas pura tranquilidad, de la ventura mas indecible... Y ¿quién sabe si será para siempre? Oh Dios mio! Dios mio! El viejo marino ha perdido todo su valor; compadecedme, amigos mios... compadecedme! (*cae abatido sobre un sillon.*)
ORBE. Pobre amigo mio!
CLA. No hallo aun motivo para desesperar, señor conde. Anoche el gobernador en la soirée que dió en su casa, me dijo... yo estonces ignoraba lo que me quiso manifestar, pero ahora recuerdo que me dijo, estaba cierto que la respuesta de la corte seria como usted la deseaba; que el rey habia espresado públicamente en Versalles su real voluntad de probar á usted lo gratos que le eran sus distinguidos servicios, y el aprecio que le dispensaba. No partirá usted, señor conde, no partirá usted.
WOL. Ojalá, amable Clarita; usted me vuelve la esperanza y la felicidad.
CLA. Aqui viene Julia!
WOL. La dejo á usted con ella, amiga mia! Orbé, vente conmigo, te diré lo que debes hacer, si la fatalidad dispusiere que mi marcha fuese indispensable!
ORBE. Vamos, pues, pero yo tengo esperanzas de que no se verificará.
(Vase por el foro y Julia entra por una puerta lateral.)

ESCENA IV.

JULIA, CLARA.

CLA. Respiro por fin! Crei que su melancolia fuese

por haber descubierto... Ah Julia! bien puedes decir que te quiero como una hermana, cuando me resigno á...

(Julia, al entrar, ve marchar á su marido y Orbé, y los sigue con la vista hasta que se alejan. Despues se dirije á su prima.)

JUL. Clara... Mr. de Wolmar se aleja al verme llegar; hace un mes que huye de mi presencia.

CLA. Un mes? (Justamente el tiempo que...)

JUL. Noto en su semblante cierta melancolia; le pregunto y elude mis palabras. ¿Nos habrá visto leer alguna de esas cartas?

CLA. No, tranquilizate; nada sospecha, Julia.... Tu esposo es el mas noble de los hombres, y como todo su corazon lo dedica á su mujer, cree que ella le corresponde con igual ternura...

JUL. Y puede creer que jamás abusaré de su digna confianza... Sin embargo, esa tristeza...

CLA. La causan negocios que tal vez dentro de una hora terminen favorablemente: él mismo te participará...

JUL. Me haces temblar, prima mia!

CLA. No tienes por que inquietarte, que todo saldrá á nuestro gusto. Pero mudando conversacion... voy á echarte un sermoncito.

JUL. Un sermon?

CLA. Hace tres meses que tu antiguo maestro de dibujo se halla en Marsella.... que habita en frente de nuestra casa, y que ese balcon no se cierra cuando él abre el suyo para dirijirte sus miradas, llegando tu imprudencia hasta recibir sus cartas, contestarle...

JUL. Y ¿qué quieres que hiciera si me decia iba á quitarse la vida si reusaba el admitirlas?

CLA. Ay amiga mia! Tú no conoces todavia esos héroes de novela! Todos son un modelo de constancia.... pero llega un dia en que esas grandes pasiones nos parecen lo mas ridículo....

JUL. Ridículo!

CLA. Escúchame, prima mia: ha llegado el tiempo de reflexionar, y tiemblo solo de pensar los daños que ha podido ocasionar mi poca prevision. Es pues indispensable que terminen esas necias ilusiones, y á Ernesto olvidarle para siempre!

JUL. Olvidarle! Ah, Clara! ¿piensas tú que esas reconvenciones que acabas de hacerme, no han penetrado hasta el fondo de mi alma? ¿Imaginas que desconozco las nobles prendas que brillan en mi esposo?

CLA. Es indispensable que todo aquesto termine, y yo, sin consultarte, ya he dado principio al nuevo plan.

JUL. Cómo!

CLA. Me confiaste tus cartas... pues bien, todas las he quemado!

JUL. Qué has hecho?

CLA. Lo que debia... y tú debes estarme agradecida....

JUL. Si, Clara mia, confieso que mi corazon se revela, pero el deber me manda aprobar tu resolucion.

CLA. Si, pero la obra está incompleta; ¿no existe aun en tu poder un billete?... Callas? ¿esta mañana no has recibido?...

JUL. Ah! *(suspirando.)*

CLA. Dame esa carta, prima mia; es indispensable que tenga el mismo fin que las otras.

JUL. *(sacándola lentamente y temblorosa.)* ¿Y no quieres dejarme de este fatal amor ni siquiera este pequeño y último recuerdo?

CLA. Ninguno; asi lo exije tu tranquilidad; dámela pues, y el fuego justifique... *(va á echarla en la chimenea.)*

JUL. Ah! no, detente!... detente, Clara, y no vean mis ojos el sacrificio de ese billete.... Adios, Clara; conozco que debo seguir tus consejos... pero créeme, amiga mia, soy muy desgraciada... compadéceme! *(se va sollozando.)*

ESCENA V.

CLARA, *y despues* ORBE.

CLA. Pobre prima; ¡me enternece su situacion! ¿Pero qué remedio? es preciso asegurar su porvenir... yo cumplo con mi deber... y ella recobrará el sosiego, la ventura, y será feliz con su marido.

ORBE. Mi mujer!

CLA. Veamos el billete... *(lo abre y repasa maquinalmente.)* ¡Qué lástima arrojar al fuego un papel en que se leen frases tan tiernas, tan apasionadas!

ORBE. ¿De qué papel hablará? Aproximémonos!....

CLA. «Por fin la vuelvo á ver á usted, la vuelvo á »ver mas bella, y mas seductora...»

ORBE. Diablo!

CLA. «Toda mi alma se conmovió al fijar mis ojos »en los suyos, y los tormentos que me causó la »cruel ausencia, desaparecieron, porque adi»viné en ellos que me amaba usted con el mis»mo cariño...»

ORBE. *(arrebatándole la carta.)* Le amaba usted con el mismo cariño!...

CLA. *(asustada.)* (Mi marido!)

ORBE. ¿Y ahora lo negará usted, señora?

CLA. Yo te juro...

ORBE. ¿Eran mis celos infundados? diga usted.... pero veamos quién es el seductor.... *(lee con cólera.)* «Porque adiviné en ellos que usted me »amaba con el mismo cariño, y que si las leyes »humanas nos habian desunido, nuestros co»razones permanecian unidos para jamás se»pararse...» El nombre, la firma es lo que yo busco.... cuatro caras de necedades..... ah! aqui... «Siempre fijo en mi balcon, espero an»sioso el deseado momento en que usted abra »los cristales. Ernesto...» Ernesto!... Está en Marsella! La ha venido siguiendo.... se atreve á escribirla... porque es á usted, señora, usted es á quien se dirije esta carta!...

CLA. Escúchame, y verás...

ORBE. Nada escucho, infiel, nada escucho!... Ya no puedes engañarme... Responda usted... ¿Es á usted á quien se dirije esta carta. *(Wolmar entra á tiempo de escuchar la última frase.)*

ESCENA VI.

Los mismos, y WOLMAR.

CLA. Esa carta... *(viendo á Wolmar.)* Cielos! Wolmar! *(aparte aterrada.)* Si, esa carta es mia.... yo soy á quien la dirijen...

ORBE. A usted? señora? *(con resolucion.)* Ese es

un proceder infame, y mi furor... *(se dirije hácia ella y Wolmar se interpone.)*

Wol. Qué vas á hacer, amigo mio? qué tienes?

Orbe. Qué tengo?... Nada... no tengo nada!... *(dejándose caer en un sillon abatido y sollozando.)*

Cla. Pobre esposo mio! No es ocasion... esperemos un instante favorable para desengañarle... Ahora corro á prevenir á Julia... *(vase por el foro.)*

ESCENA VII.

Orbe, *y* Wolmar.

Wol. Amigo mio, ¿qué llanto es ese? Tú padeces?...

Orbe. No, nada padezco... al contrario... mis lágrimas son de alegria.... (Ah! yo moriré, pero nadie sabrá...)

Wol. ¿Y es posible que ocultes tus pesares á tu mejor amigo, al que te mira como un hermano? ¿No merezco ya tu confianza? Esta mañana, ¿no te di parte de mis penas, no las depositè en tu pecho?... Vamos, habla, amigo mio, habla y desahoga tu corazon... *(Orbé, sin escuchar á su amigo, ha tomado vivamente un papel, y se pone á escribir.)* ¿Qué estas haciendo?

Orbe. *(despues de haber escrito se levanta, y llama con cólera con la voz y campanilla.)* Pronto'.. un criado... ¿no hay ninguno en esta casa?... Ola! Inmediatamente... ves á la casa que se halla en frente... pregunta por Ernesto Saint-Preux. y entrégale ese billete en su mano, en su misma mano. *(vase el criado.)*

Wol. Sain-Preux'... ¿Quién es ese sugeto? ¿A qué fin le escribes? Esa cólera, esa tristeza.... me revelan demasiado... y yo debo...

Orbe. Lo que tú debes es dejarme en paz... dejarme con mi tristeza... con mi desesperacion.... Quiero estar solo.... vete.... déjame.... Ah! no, no, perdona, amigo mio, no sé lo que me hablo... debes disculparme... soy tan desgraciado!... toma, lee, lee...

Wol. *(despues de haber recorrido la carta.)* Ahora adivino el contenido del billete que dirijes á Saint-Preux!...

Orbe. Si, quiero batirme... quiero matarlo, ó morir... ¿Recuerdas lo que te dije hará un año?... El hombre honrado conserva siempre una espada para defender su honor... tú me servirás de testigo.

Wol. Con mucho gusto... y ojalá pudiera ocupar tu lugar para dar á ese miserable el castigo que se merece.

Orbe. Ese es mi único deseo... darle una terrible leccion... El me ha hecho el hombre mas desgraciado de la tierra... ha destrozado mi corazon, mi existencia, y el cielo dará á mi brazo el suficiente esfuerzo para vengarme.

Wol. Silencio! alguien se acerca!

Orbe. Tal vez él... no, mi mujer!... ¿Aun se atreve á comparecer en mi presencia? Ah! voy á confundirla... anonadarla...

Wol. Quizá no sea tan culpada como supones.... la poca edad!... una ligereza.... una imprudencia... y aunque fuese criminal, yo no debo presenciar su confusion... os dejo solos...

Orbe. Si, tienes razon... se ruborizaria de ver que era público... Retírate, amigo mio; dentro de un momento iré á buscarte. *(Wolmar entra en un gabinete y Clara se presenta al foro.)*

ESCENA VIII.

Orbe *y* Clara.

Orbe. Ya está aqui... ¿y tiene valor de presentarse? Qué audacia! No sé si podré contenerme!

Cla. Está solo!... Mr. de Wolmar acaba de entrar en ese gabinete, y puedo antes que vuelva,... *(mira por todas partes si alguno los observa, y despues se dirije á él.)* Amigo mio, tus celos son *(á media voz.)* injustos como siempre... y vengo á probártelo... Yo no te soy infiel, te lo juro... no amo á nadie mas que á ti... Ahora me es imposible decirte mas... pero debes confiar en mis palabras.... no hacer caso de las apariencias...

Orbe. Las apariencias!... cuando he sorprendido en manos de usted...

Cla. Silencio! no conviene que nos escuchen!... *(señalando al gabinete en que entró Wolmar.)*

Orbe. Cómo!...

Cla. Cállate, por Dios, cállate.

(Poniendo misteriosamente el dedo en la boca, vase lentamente por no hacer ruido por el foro. Orbé la mira marchar estupefacto.)

ESCENA IX.

Orbe, *y despues* Julia.

Orbe. *(repitiendo maquinalmente las palabras y los gestos de su mujer.)* «Pero debes confiar en mis »palabras... no hacer caso de las apariencias... »no conviene que nos escuchen... Cállate, cá»llate...» ¿Qué significa este misterio?

Jul. Ah, mi querido tutor... por fin puedo arrojarme á *(corriendo á sus pies.)* los pies de usted... implorar su perdon!...

Orbe. Mi perdon? ¿qué hablas, Julia? Levántate... qué significa?...

Jul. Si, usted debe perdonarme... usted que ha dirijido mi infancia, que me ama como una hija, y á quien yo hago padecer...

Orbe. Padecer! Hija mia, no comprendo...

Jul. Yo lo revelaré... si, lo revelaré todo, aunque muera de vergüenza. Lo diré todo, aunque al publicarlo, espire á los pies de usted... Esa carta que ha sorprendido usted en las manos de mi prima, y que tanto le aflije, no iba dirijida á ella; es á mi, á mi á quien pertenece.

Orbe. Gran Dios!.... mas bajo.... mas bajo, hija mia!

Jul. Yo soy la desgraciada, que víctima de una funesta pasion...

Orbe. Eso no puede ser, Julia; yo no debo... no puedo creerlo...

Jul. Pues es la verdad, señor... lo repito, esa carta es para mi ..

Orbe. Para ti?... Es imposible!...

ESCENA X.

Los mismos, Wolmar, *despues* Clara. *Wolmar entra pálido y desconcertado, trayendo en la mano la carta que le dió Orbé.*

Wol. Pues yo lo aseguro!... A ella pertenece!

JUL. Ah!! (*dá un doloroso grito, y cae desmayada, Clara entra y corre á socorrerla.*)

CLA. Gran Dios! Julia!... Mr. Wolmar!...

WOL. Toma, lee... lee el resto de esa carta... mira sus últimas espresiones .. "Ernesto no po-,,drá vivir separado de su Julia...,,

ORBE. Amigo mio, tal vez sea un error...

WOL. No... no es error... es inútil que intentes persuadirme... yo lo rehuso, como hace pocos momentos lo rehusabas tú tambien... suplico á ustedes que nos dejen solos...

ORBE. Pero...

WOL. Yo lo quiero!...

CLA. Si tuviera usted la bondad de escucharme, tal vez pudiera yo justificar á mi amiga...

WOL. Señora, la comprendo á usted... tiembla dejarnos solos... pero no tema usted... ¿mi semblante demuestra acaso señales de cólera, de furor?... Por favor, no insista usted; hay pesares que no pueden soportarse á la vista de testigos... momentos en la vida en que quisiera uno estar sepultado en un desierto!... (*se sienta traspasado de dolor.*)

CLA. Tú tienes la culpa de todo, por tus malditos celos!

ORBE. Es verdad, Clara!... harto me pesa, y te juro...

CLA. A buen tiempo!

ORBE. Pobre Wolmar!

CLA. Infeliz Julia! (*se van lentamente mirando con dolor á los otros dos personages.*)

ESCENA XI.

WOLMAR, JULIA.

(Momento de silenclo, Julia permanece inmóvil, y no osa levantar los ojos para mirar á su marido. Este la mira atentamente, y despues abre la carta que frota entre sus manos con desesperacion, y repite la frase siguiente.)

WOL. «Ernesto no podrá vivir separado de su Ju»lia....» (*se levanta, aproxima á su mujer y le dice.*) Señora... responda usted. (*Julia tiembla, duda, lebanta la cabeza, y despues la deja caer abatida.*) Este hombre, lo sé... acabo de leerlo... este hombre amaba á usted, y se veia correspondido antes de nuestro casamiento.... ¿por qué pues consintió usted en darme la mano?

JUL. Porque fue la última voluntad de mi madre!

WOL. De su madre!... ah! si, bien me acuerdo!,. ella deseaba nuestra ventura... nuestra ventura!!... pobre mujer!

JUL. Usted la preservó de la deshonra, la indigencia, y yo fuí la recompensa de tan sublime accion...

WOL. La recompensa por deber! Un sacrificio!! Usted iba al altar como una victima, ¡y á eso llama usted, señora, reconocimiento!! Para pagar un débil servicio ofrecido á su madre, destroza usted el corazon del veterano, le arrebata sus mas dulces ilusiones, y solo le ofrece en recompensa una mentida fé, un afecto engañoso! Por premio del favor que hice, destruye usted mi existencia, condena mi vejez á la mas cruel desesperacion, al oprobio, á la vergüenza!

JUL. No, caballero, no. El recuerdo de mi esposo, de mis sagrados deberes, no se ha separado un punto de mi imaginacion...

WOL. Los deberes!... siempre esta palabra... y sin embargo él la escribia á usted... no una, sino muchas cartas... segun aqui se espresa... y usted le contestaba...

JUL. Si... le contestaba para decirle que huyese lejos de nosotros; que su amor era un ultraje... y que no queria ser indigna de llevar el nombre de usted; que jamás Mr. Wolmar llegaria á ruborizarse por haberme dado su mano.

WOL. Ruborizarme!... Y cree usted, señora, que yo no tenga un justo motivo para quejarme porque usted me diga que no ha faltado jamás á sus deberes?... Jamás... Esta misma palabra es un insulto!... No es faltar á sus deberes haberme hecho creer que su corazon estaba libre? Pues qué, ¿no es faltar á sus deberes, sacrificar el sosiego, el porvenir, las ilusiones todas de un honrado militar á quien con una sola palabra hubiera desengañado? ¿Y cree usted que es disculpa el decir que hija sumisa y obediente debia sacrificarse por cumplir la última voluntad de su madre? No; usted debió decirme que su corazon no era libre... y entonces yo la hubiera libertado de cumplir la imprudente promesa.... Pero callar en mi presencia.... dejarse conducir al altar.... jurar fidelidad en la presencia del Eterno y despues recibir cartas del amante... contestarlas... diga usted... cree que esto es cumplir con sus deberes?

JUL. Ah! señor, por piedad!...

WOL. Imagina usted que yo quedaba satisfecho con que usted, hija obediente, me recompensase con esa vana fórmula lo que habia hecho por sus padres? No... yo no hago jamás el beneficio para esperar la recompensa... lo hago por satisfacer los instintos de mi corazon.... (*enternecido.*) Lo que yo queria, lo que ambicionaba, Julia, era tu corazon, no el sacrificio de tu vida... porque, ¿cómo podia yo vivir sabiendo que tú padecias, que eras infeliz á mi lado? Yo soy un hombre sencillo, un hombre franco que no abrigo en mi corazon la menor idea siniestra... yo sé amar con toda la efusion de mi alma, y á ti te a.... si, quiero decirlo, te amo á pesar de todo, y tú, Julia, no puedes amarme... Yo viviré, moriré desgraciado, porque he dado toda mi existencia en cambio de un corazon que pertenecia á otro... Ah! Julia! ¿por qué no fuiste mas ingénua, mas franca conmigo.

JUL. Ah! señor! tiene usted razon... debe llenarme de improperios... hacerme sentir todo el peso de su cólera... todo lo sufriré con paciencia.... pero ese profundo dolor.... esas lágrimas... no hay en mi suficiente valor para presenciarlas... y si mi ternura... si mi cariño son capaces de enjugarlas, no dude usted que lo conseguiré... Si... usted, el mas generoso, el mas indulgente de los hombres; usted es digno de todo mi amor, y yo juro que en adelante no habrá un solo pensamiento en mi alma de que no participe á usted... amaré á usted, Wolmar, le amaré como usted quiere ser amado, y usted vivirá dichoso, si se digna perdonar á la imprudente Julia...

(VVolmar en todo lo que antecede ha manifestado escuchar á su muger con interés y satisfaccion... despues repentinamente torna á su tristeza y abatimiento.)

Wol. Que yo viviré dichoso!... Dichoso mientras exista un hombre que pueda vanagloriarse de haberme arrebatado el corazon de usted?... Jamás, señora, jamás!

Ern. (*dentro.*) Déjenme ustedes: he dicho que quiero entrar... y entraré...

Wol. Esta voz!

Jul. Ah!!

Wol. Si... es la del joven imprudente... su terror de usted lo confirma... ¿Y tiene la osadia de presentarse en esta casa?... El cielo le conduce... yo le saldré al encuentro...

Jul. ¿Qué va usted á hacer, señor? (*aterrada, deteniéndole.*)

Wol. ¿Usted me detiene? ¿Usted tiembla por él? Esa es su sentencia de muerte!

(Va hácia el fondo. Julia se arroja á sus pies, abraza sus rodillas para impedirle marchar; él la rechaza... en este momento se abre la puerta y se presentan en su dintel Ernesto, á quien impiden entrar Clara y Orbé.)

ESCENA XII.

Los mismos, Ernesto, Orbe *y* Clara.

Ern. Déjenme ustedes.... es indispensable que yo hable á Mr. de VVolmar!. .

Wol. Dice bien... es indispensable... su vida me pertenece... y tú (*á Orbé.*) no tienes ningun derecho para impedirlo!...

Orbe. Si, le tengo... porque soy yo... yo el sugeto que él busca en esta casa... Yo quien le ha retado... y quien quiere castigarle como al hombre mas vil y miserable...

(Durante este diálogo de los tres hombres, pronunciado muy vivo y animado, las dos mugeres quieren hablar y contener á sus maridos... estos las rechazan.)

Ern. Caballero, no olvido que es usted quien me ha retado... Las injurias que usted me ha prodigado... están aqui... aqui... hiriendo mi corazon... ellas destrozan mi pecho... le abrasan... Mas sin embargo, (*atraviesa el teatro y va á colocarse enfrente de VVolmar.*) Lo repito, es indispensable que yo hable al señor conde de VVolmar. (*movimiento general. Las dos mugeres quieren hablar y se contienen por un gesto de sus maridos.*)

VVol. ¿Y qué es lo qué usted puede decirme? Toda esplicacion es inútil entre nosotros, caballero!

Ern. No, señor conde, usted me escuchará!

VVol. Nada tengo que escuchar..... Sigame usted.

Ern. Yo permanezco.

VVol. Sigame usted, repito.

Ern. Es inútil!... no saldré de aqui.

VVol. Insolente!.. asi castigaré...

(Levanta la mano para darle en el rostro... las dos mugeres dan un grito... VVolmar se detiene.... Ernesto guarda silencio, y no hace la menor accion para detener á VVolmar; pero su semblante debe espresar la mas violenta contraccion. Momento de silencio.)

Señoras, suplico á ustedes, que se retiren. (*movimiento de duda en las mugeres.*)

Orbe. Clara, hazme el favor de dejarnos.

Ern. No, yo exijo lo contrario... la presencia de estas señoras es indispensable para la conversacion que vamos á tener. (*momento de silencio y sorpresa en las cuatro personas.*)

Wol. Pronto... diga usted... y concluyan las dilaciones. (*haciendo un esfuerzo para moderar su impaciencia.*)

Jul. Ah! yo muero de terror!

Ern. Usted acaba de levantar la mano para ultrajarme.... y no es esta la primera afrenta que he recibido en este dia tan funesto!... sin embargo, he tenido resignacion para soportarlas... y ahora tengo el valor suficiente para decir á usted en presencia de estos señores.... Mr. Wolmar, jamás me batiré con usted.

Wol. Julia, ya recobro mi tranquilidad... tú no puedes amar á un hombre semejante. (*volviendo la espalda á Ernesto.*)

Jul. Mas tampoco puedo despreciarle... (*ap. mirando á Ernesto con ansiedad.*) (Antes admiro su generosidad!...)

Orbe. Es un cobarde! (*á Clara.*)

Cla. Un cobarde? no, yo le he visto despreciar la muerte por libertarnos!

(VVolmar y Orbé se han sentado cada uno en un sillon volviendo la espalda á Ernesto que permanece inmóvil en pie en el centro del teatro. Las dos mugeres permanecen en pie igualmente, al lado de las sillas de sus maridos, y esperan ansiosas el desenlace del suceso.)

Ern. Recordará usted, señora, que le dije hace mas de un año...

(VVolmar vuelve colérico la cabeza al ver que Ernesto dirige la palabra á su muger... Este se detiene un momento, despues continua en tono respetuoso, dirigiéndose siempre á Julia.)

le dije que era huérfano... y que mi pobre madre habia fallecido al darme la existencia.... Un hombre á quien jamás habia visto y que ignoraba hasta su nombre... habia cuidado de mi infancia... lejos de mi, velaba por mi seguridad... por conservar mi vida... y acabo de saber hace un momento quien es mi generoso bienhechor... acabo de saberlo por la boca de un amigo .. me lo ha revelado Sir Eduardo....

(VVolmar ha escuchado con interés lo que antecede, y al nombrar á Eduardo se ha levantado violentamente y corre al lado de Ernesto.)

Wol. Sir Eduardo!...

Ern. Acaba de volver de un largo viage... y por él he sabido que este hombre generoso á quien todo lo debo, y á quien en mi delirio me he atrevido á acusar alguna vez, es el único pariente que me queda en el mundo... el hermano querido de mi madre... aquel que la ha consolado, la ha sostenido hasta su postrer momento.... y que despues ha prodigado al triste huérfano el mismo cariño que tenia por ella... Este hombre... mejor diré esta providencia... está aqui... delante de mi... es usted, señor conde!

Los tres personajes. Wolmar!! (*todos se agrupan al rededor de Ernesto.*)

Ern. Aun no lo he dicho todo... (*continuando con mas calor.*) Sir Eduardo estaba encargado de buscarme, de conducirme á los brazos de mi bienhechor... que él y yo,.. miserable! en el mismo instante en que me colmaba de beneficios, me llenaba de honores, me abria los brazos como á un hijo querido... yo no abrigaba en mi alma mas que un pensamiento.... un pensamiento criminal.... turbar su reposo... destruir su felicidad.... Ah! usted tenia razon, caballero... (*á Orbé.*) Yo soy un infame, un cobarde!... asi, créalo usted, no he venido á esta casa para exigir satisfaccion de seme-

jantes espresiones... no, solo he venido para arrojarme á sus pies... para decirle... Perdon, señor!...

WOL. (*tendiendole la mano.*) Levántate hijo mio, levántate, Carlos VVolmar... tú eres un valiente joven, y ninguno al ver que yo te estrecho entre mis brazos, podrá decir que has faltado á lo que prescribe el honor...

ORBE. No, ninguno... Caballero, yo suplico á usted que me perdone.

ERN. Yo soy el que debe impetrar la gracia de ustedes... ustedes dos me devuelven la existencia.

WOL. Si... este es mi Carlos... mi Carlos!...

ERN. Mi generoso bienhechor, usted verá que no soy indigno de ostentar su ilustre nombre! (*VVolmar estrecha entre sus manos con cariño las de Ernesto y Julia.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, y ANTONIO *que entra por el foro, y pone en manos de* VVOLMAR *un pliego grande cerrado.*

ANT. Mi capitan, aqui está el pliego que usted esperaba de Versalles.

WOL. El pliego!... Desgraciado!... Ya habia olvidado!... tiemblo solo de mirarle!

JUL. Què es pues?...

CLA. Ah! lea usted, lea usted pronto!

ORBE. Si, hombre, lee, no nos tengas mas impacientes.

WOL. (*lèe.*) «Señor conde, S. M. ha conocido que »debia recompensar de una manera digna vues»tros esclarecidos y leales servicios... yo tengo »el honor de anunciaros en su nombre, que »habeis sido elevado al grado de jefe de escua»dra... Nuestros jóvenes marinos es esperan, »y hombres tan intrépidos y valientes como »Mr. Wolmar no deben pensar en retirarse.» Se acabó la esperanza!... es preciso partir!

TODOS. Partir! (*con diferente inflexion*) (*suena un cañonazo.*)

WOL. Ah! la señal!!

JUL. Gran Dios! pero... yo no puedo creer... separarnos!...

ERN. Padre mio! (*á un tiempo.*)

ORBE. Mi querido amigo.

WOL. Si, separarnos... y en qué momento, Dios mio!... Julia... y tú Carlos...

JUL. Ah! señor! nada temais por mi... me separaré del mundo... me encerraré en un claustro....

WOL. En un claustro... tú, Julia! (*segundo cañonazo.*)

ERN. No, señora, no... usted debe permanecer al lado de sus amigos... yo soy... yo, quien debo partir con mi bienhechor...

WOL. Carlos, ¿qué dices?

ERN. Si, padre mio... Usted me ha honrado con su nombre, y yo debo glorificarle... debo manifestar mi reconocimiento... y reparar los estravios de mi loca juventud!... Usted me ha llamado su hijo... y un hijo debe imitar las heróicas acciones de su padre... Partamos, pues, partamos juntos... Mande usted que me den un uniforme, y al lado suyo, siempre al lado suyo, me colocaré entre usted y los peligros... y Dios permita que la bala que dirijan á su pecho, traspase mi corazon!

WOL. Hijo mio! mi querido Carlos!

(Lo abraza. Suena el tercer cañonazo... y aparecen en el fondo los oficiales de Marina y marineros, que esperan las órdenes de su jefe. VVolmar se arroja á los brazos de Julia.)

Julia... amigo mio... señora... moderad el dolor... enjuguen ustedes sus lágrimas... ellas debilitan mi valor... y no debo mostrarme cobarde en la presencia de esos hombres.

JUL. Caballero, yo acepto la generosa promesa que usted acaba de manifestar... Carlos de Wolmar no se separará de su padre... siempre á su lado!... Usted responde de su existencia!

ERN. Lo juro por la memoria de mi madre.

JUL. (*levantando al cielo la mano.*) Pues marchad juntos á la gloria!

ERN. Partamos!...

WOL. (*dirijiéndose á la tripulacion.*) A vencer.

TODOS. A vencer!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion del primer acto. Jardin, berja, montañas etc.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO *y* JULIA.

Julia está delante de un caballete en que está colocado un cuadro que figura estar pintando. Ernesto se halla de pie, próximo á ella, observando el retrato para dirijirlo en su pintura. Julia está de luto, y Ernesto con una gasa negra en la empuñadura de su espada, y uniforme de teniente de Marina.

JUL. Por fin se concluyó mi obra con toda felicidad, gracias á las prudentes observaciones de usted, amigo mio. ¿Está usted satisfecho de su discípula?

ERN. Si, Julia... es él... él mismo... oh! sus facciones estan por siempre grabadas en mi corazon, y en mi memoria!... Mi valiente general!... yo era quien debia haber sucumbido en tu lugar!... (*se apartan del retrato.*) Pero el cielo no quiso que fuese asi... en vano pretendi cumplir mi palabra, poniéndome de escudo ante su pecho en lo mas crítico del combate!.. Vi caer exánimes á mi lado muchos de mis valientes compañeros, y yo permanecí de pie... Un dia... dia fatal! un solo dia fui herido.... y entonces fue cuando... ah! esta funesta época no se separará jamás de mi corazon y mi memoria!

JUL. Cuanto me consuela el oir á usted referir los detalles de tan infortunada accion...

ERN. Siempre nuestras armas habian obtenido una completa victoria... La traicion... si, solo la traicion pudo franquear á los ingleses las puertas de Pondichery... sin embargo, combatiamos gloriosamente, aunque sin esperanza... Entonces me hirieron peligrosamente, y no pude defender á mi general... Caí exánime, y mandó me condujesen á su alojamiento: cuando recobre el sentido, el marino que me asistia me refirió que habiamos perdido la accion.... que la bandera inglesa ondeaba en el mismo lugar que se ostentaba la nuestra, y que solo

habian concedido una hora para que saliésemos de la ciudad... Pronuncié el nombre de Wolmar... y el viejo soldado me contestó con un torrente de lágrimas... Entonces me levanto frenético, abandono la casa corro hasta el campo de batalla... En él los soldados ingleses se disputaban los despojos de nuestros camaradas, de nuestros jefes, y entre sus manos veo... reconozco el uniforme de mi general... su valiente espada, su cartera que registraban con ojos codiciosos... Desesperado, arranco el vendaje que cubria mi herida, y presentando mi pecho á los ingleses los insulto, y pido á voces que acaben mi existencia... pero el cielo, sordo á mis gemidos, no quiso acceder á mi demanda, y cuando abrí los ojos, despues de un largo desmayo, me encontré á bordo de un buque que conducia á Francia los tristes restos de nuestro ejército. El nombre de mi tio se leia en el parte que daba el ministerio de Marina, y yo, infeliz! sobrevivia á aquel, por quien habia jurado sacrificar mi existencia!

Jul. Desgraciado Wolmar!

(Clara entra mientras la última frase, y viene á colocarse en medio de los dos, que no perciben este movimiento. Julia fija los ojos en el suelo, y Ernesto la habla con tono melancólico y sin atreverse á mirarla.)

ESCENA II.

Dichos, y Clara.

Ern. Ahora vuelvo solo, miserable, avergonzado de mi mismo... y al aspecto de este hermoso pais, del risueño valle de Clarens, cuyo divino paisage enagenaba mi corazon, porque en él conocí á usted... la vi por la primera vez, mi alma sentia la mas amarga tristeza...

Cla. (*tomando parte en la conversacion y continuándola en el mismo tono melancólico.*) Y despues han pasado diez y ocho meses, y poco á poco...

Jul. Clara!

Ern. Señora!...

Cla. Poco á poco Julia y Ernesto, recordando sus melancolias, sus placeres, llorando juntos, llegaron á comprender que aun quedaba en sus corazones un riconcito para dar lugar á otro sentimiento mas dulce que las lágrimas y el dolor.

Jul. Ah! cállate, prima mia! cállate!

Cla. Y por qué? ¿No te veo como en aquel risueño tiempo, discípula sumisa, mas entregada al amor que á las artes? ¿Muy pronto no le darás tu fé en los altares? Tú has querido, y yo lo apruebo, por respeto á la memoria de tu esposo, conservar el luto hasta el dia en que firmeis el contrato. Ese dia ha llegado ya; y hoy mismo, tu maestro pasará á ser tu marido; trocará el título de preceptor por el de dulce esposo; y yo, mi querida amiga, daré tréguas á mis disgustos para alegrarme de tu felicidad... Preveo que vais á ser muy dichosos!...

Jul. Dichosos!... ah! quiera el cielo realizar ese presentimiento!

Cla. ¿No te ama Ernesto... digo Carlos... con el mismo ardor que en aquel tiempo venturoso?

Ern. Ah! cien veces mas... yo lo juro!

Cla. Pues bien... ¿entonces á qué viene esa tristeza? ¿A qué estarse mirando ese retrato todo el dia? Me parece que si no mudais de sistema, os vá á suceder lo que á mi pobre marido, que desde la desgracia de su amigo, tiene tan trastornada la cabeza!... Cuando recibió la fatal nueva, fué tal la impresion que le hizo, que le acometió un acceso de delirio... A fuerza de esmero y de cuidados conseguimos que se aliviase... pero asi que oyó hablar del nuevo matrimonio, volvió á empeorarse... se han renovado sus penas, y mucho temo que su juicio no vuelva á trastornarse... Aqui viene... Pronto cubrid ese retrato, (*Ernesto lo hace.*) y dejadme sola con él... Voy á ver si consigo distraerle de sus ideas melancólicas... de esa idea fija que le atormenta.

Jul. Venga usted conmigo, Ernesto; condúzcame usted á la casa de esas pobres gentes, cuya miseria me ha hecho usted saber, y que esperan mis socorros...

Ern. Si, Julia; favorecer al desgraciado era su mas dulce satisfaccion... imitémosle, pagando asi un tributo á su memoria...

(En este momento se presenta Orbé: este personage ha cambiado mucho desde el acto anterior... su fisonomia espresa una profunda tristeza... sus acciones y hasta su andar son mas lentos... su voz ha perdido la mayor parte de su fuerza... y en fin, debe aparecer sumamente envejecido, mas por las penas que ha sufrido que por los efectos de la edad... Entra pensativo, sin reparar en las personas que hay en la escena. Julia y Ernesto le observan con inquietud.)

Cla. Vamos, marchad.... no tardaré mucho en reunirme á ustedes. (*marchan.*) (*Orbé vuelve de su distraccion y vé á su mujer.*)

ESCENA III.

Clara *y* Orbe.

Orbe. Ah! eres tú, Clara? A dónde se dirijen? (*señalando á los jóvenes que acaban de salir.*)

Cla. A la casa de Simon... el pobre arrendatario... ya sabes...

Orbe. Si... sé que se ha quedado sin casa... las llamas la han devorado... Van á socorrerle? Muy bien hecho! Merece mi aprobacion!... ¿Y es hoy cuando se firma el contrato?

Cla. Hoy es... ¿no has dado tú el consentimiento?

Orbe. Si, le he dado.... y cuando asi no fuese, ¿qué derechos habia en mi para impedirlo? Ademas, que hubiera sido un crimen retardar por mas tiempo la ventura de esos pobres amantes... pero...

Cla. Pero... qué?

Orbe. Pero esa misma felicidad me aflije, me desespera, y me trae á la memoria á mi infeliz amigo... á mi pobre Wolmar!... A veces imagino que mi vida ha terminado con la suya... huyó por siempre la alegria de mis ojos... ¿Qué se ha hecho mi carácter anterior? Ha mudado enteramente... y solo permanece en mi memoria una idea, un pensamiento fijo... él!... él!... y siempre él... Todos los objetos que se presentan á mi vista me le recuerdan... Si tomo un libro para distraerme... es precisamente aquel que leiamos los dos con singular placer... al que dábamos la preferencia... Bajo al jardin, y lo primero que encuentro es ese retrato...

Cla. Ah! ese retrato... (*se aproxima con disimulo al caballete y tapa mejor el cuadro.*)

ORBE. En fin, todo conspira, todo se reune para aumentar mi inquietud, mi incertidumbre... El otro dia... por distraerme... recorria este periódico... y no pudo menos de llamarme la atencion esta frase singular...

CLA. Cual?... á ver... lee... leémela.

ORBE. «Aseguran que un gran número de oficia»les superiores de M. Lalli, á quienes se tuvo »por muertos cuando la entrega de Pondyche»ri, acaban de volver á su patria, despues de »haber pasado diez y ocho meses en Inglaterra »en la mas estrecha prision.»

CLA. Oh! Dios mio!

ORBE. Yo he leido este párrafo, he meditado su contenido; conque juzga tú ahora si podré presenciar tranquilo la union que se prepara.

CLA. Pero nuestro desgraciado amigo no puede hallarse entre esos infelices. Su muerte fué demasiado evidente. Los detalles tan positivos que nos ha referido Ernesto... la fé de muerto autorizada por el ministro de Marina.

ORBE. Si... es verdad... todo es indudable... Mi pobre amigo... mi querido Wolmar ha muerto! Sin embargo, dirás que soy un loco... un visionario... si te manifiesto que en todas partes... de noche, en mis sueños... de dia en mis cavilaciones... á donde quiera que dirijo los ojos, veo al compañero de mi infancia presentarse severo y reconvenirme por haber consentido la union de su viuda con su hijo adoptivo.... oigo que me dice... Orbé, tú no pusiste el menor obstáculo... no procurastes impedirlo... Ese fatal matrimonio es obra tuya... y por mas que hago para desechar esta idea, ella permanece fija en mi imaginacion; y temo que cuando la sagrada ceremonia, se me presente la sombra de mi amigo, mas airada, mas terrible que nunca para repetirme, interponiéndose entre los dos... «He aqui tu obra!... tu funesta obra!...

CLA. Vuelve en ti, esposo mio. ¿Es posible que el recuerdo del que dejó de existir, sea mas poderoso en tu corazon que el cariño de los que le han sobrevivido? La sombra de Wolmar puede exijir de ti que olvides hasta tu propia mujer? Vuelve en ti, y recuerda que te hallas al lado de tu esposa, que no merece semejante abandono. ¿No me escuchas, amigo mio?

ORBE. Si, es verdad... conozco que atormento tu corazon... hé aqui porque procuro buscar distracciones... ocuparme en cualquiera cosa...

CLA. Pues bien, juntos las buscaremos, y yo confio que al fin las hemos de encontrar...

ORBE. No lo creas... he hecho tantos esfuerzos! Te confieso, Clara, que ahora echo de menos el tiempo en que me hallaba inquieto... celoso.... Celoso aunque sufria tanto, porque como aquello era una locura de mi necia imaginacion, al fin se disipaba... y me encontraba dichoso...

CLA. Oh! yo lo creo... no hay cosa mas hermosa que despues de reñir hacer las paces.... (*sonriendo.*) Y sabes, esposo mio, que en este momento se me ocurre una idea?

ORBE. Cuál es?

CLA. Meterme á curandera.

ORBE. Cómo!

CLA. Tú dices que si estuvieras celoso, la imágen funesta que te persigue dejaria de atormentarte. Pues casi casi me dan ganas de coquetear, á ver si despertando tu antigua desconfianza, disipo tus melancolias... Luego te desengañarias, haríamos las paces, y me darias un abrazo.

ORBE. Ah! ah! ah! loquilla! (*rie.*)

CLA. Por fin te he hecho reir, que es lo que pretendia... Lo ves? Ya estamos en el buen camino... ya principia la curacion.

ORBE. Si... tú me has hecho sonreir... y en este momento casi me considero dichoso .. Este es el primer instante de ventura que he esperimentado en los diez y ocho meses! (*pausa.*)

(Un criado entra con una bandeja en que está el servicio del té, y que coloca sobre una mesa de piedra que está delante de un banco de lo mismo. Clara conduce con mucha amabilidad á su marido hasta la mesa, le hace sentar y sirve el té. Se oye el ruido de un carruaje.)

CLA. (*subiendo al foro.*) Qué carruaje será ese? Ah! una silla de posta que se detiene al pie de esa colina... Quién vendrá en ella? Si será algun jóven misterioso, algun elegante incógnito, cuyos ojos me arrebaten, cuya hermosura me seduzca, y renueve tus celos musulmánicos?

ORBE. Por mas que digas, por mas que hagas, no conseguirás que vuelva á las andadas! (*tomando el té.*)

CLA. Lo sé muy bien, querido mio... Estas son bromas inocentes, sin mas objeto que distraerte... Vaya, te dejo, y voy á reunirme con nuestros amigos...

ORBE. Tan pronto...

CLA. (*echándole otra taza de té.*) Tenemos muchas cosas que disponer... Pero dame palabra que dejarás la tristeza...

ORBE. Si... te la doy!

CLA. Y que esta tarde, cuando se firmen los contratos, mostrarás un semblante risueño...

ORBE. Si, me callaré.

CLA. Bueno! Adios!... no te incomodes... (*vá á levantarse.*) No, estate asi... quietecito! (*vase.*)

ESCENA IV.

ORBE, *y poco despues* WOLMAR.

ORBE. Qué amable es! Es un angel mi Clara!... Tiene razon... es preciso desechar esas malditas ideas que tanto me atormentan.... Es preciso deshecharlas, y no pensar mas que en ella... es su ventura... y en su tranquilidad.... Pero, ¿quién será ese hombre que me mira tan atentamente, y me indica por señas que guarde silencio? No comprendo!... pero cielos!... todavia la funesta vision... no, es imposible... no puede ser él... no, no lo es... ¿Es cierto que tú no eres?.... Dimelo.. . no atormentes mi corazon!

(Wolmar con trage de viaje entra por el foro de la derecha, estiende la mano hácia Orbé, que retrocede espantado, se aproxima á él y quiere abrazarle.)

WOL. Orbé! mi querido amigo!

ORBE. Wolmar! (*dejándose asir la mano, y mirándole con desconfianra.*) Pero.... no es sueño.... no... (*duda todavia, le mira, le palpa, y despues esclama.*) Estoy despierto... estoy en mi cabal jnicio! Es él.... si, él es!!. (*se arroja en sus brazos.*)

WOL. Yo soy... yo, el que estaba prisionero en

Inglaterra, y que por fin he recobrado mi libertad.

ORBE. Wolmar! Wolmar mio!..... te creiamos muerto!... Todos hemos llorado tu desgracia!

WOL. Muerto! ah! si, los crueles interceptaban toda la correspondencia... pero ya te informaré... sabrás cuanto he padecido!... Pero olvidemos lo pasado... y supuesto que estoy libre, no pensemos mas que en la alegria que ocupa mi corazon al estrecharme en tus brazos, amigo mio. Al júbilo que siente mi alma al volveros á ver... á la inefable dulzura que esperimentará todo mi sèr cuando abrace á mi Julia... Dónde está? ¿dónde está mi querida esposa?

ORBE. (*con embarazo.*) Julia... ha salido... con... con mi mujer.

WOL. Ha salido? y él?... el mas querido de mi corazon, despues de Julia, y tú, Ernesto... no, mi Carlos, el hijo de mi pobre hermana, y... puedo decirlo con orgullo... el mas bravo de mis oficiales?

ORBE. Acompaña á las señoras... han ido á egercer una obra de caridad... generosa costumbre que tú nos enseñaste.

WOL. Pues bien!... condùceme à donde esten.... Yo quiero verlos... abrazarlos al instante!

ORBE. Dios mio!... qué compromiso!... y sin poder prevenirlos... (*ap.*)

WOL. ¿Dudas?...

ORBE. No, no dudo. (Pero... y los aldeanos... el notario que vá á venir para firmar el contrato...)

WOL. Yo no sé qué aire de distraccion, de confusion noto en ti, amigo mio!...

ORBE. No lo estrañes.... la sorpresa.... la emocion... Ya puedes hacerte cargo... y como te creen muerto... si te presentases... asi, de improviso, pudiera... Si te parece, yo iré solo á buscarlos... les enteraré... y les traeré aqui sin pérdida de tiempo.

WOL. (*que lo ha estado observando como para leer en sus ojos.*) Escúchame, amigo mio. La incertidumbre que noto en ti... esa confusion que embarga tus palabras... ha despertado en mi alma el funesto terror que á mi pesar asaltó mi imaginacion cuando estaba en mi calabozo... Cuando me ví en libertad, procuré desvanecerle... y aun ahora mismo al estrecharme en tus brazos, crei que habia sido una vana ilusion de mi fantasia... pero ahora... Dime, Orbé, dime, ¿me habré acaso engañado? ¿Retornaré de mi destierro para sufrir un destino cruel, mas horrible que el mas insoportable cautiverio?

ORBE. Amigo mio, no comprendo lo que me quieres decir... lo que indican esas palabras...

WOL. Yo te lo esplicaré, Orbé, yo te lo esplicaré... Acabas de decirme que todos habeis llorado mi muerte... La venganza de los ingleses fué tal, que al mismo tiempo que se mostraban compasivos con algunos de nuestros soldados, y aun con los mismos oficiales, con los jefes eran inexorables. No era nuestra muerte lo que querian... era hacernos padecer los martirios mas atroces... ensayar en nosotros los padecimientos mas crueles... y lo verificaron cumplidamente... Iba á perecer á manos de los que me despojaron de mi uniforme... cuando el almirante inglés me reconoció por el jefe de la escuadra que tan temible habia sido para su pabellon, y me hizo prisionero, cargándome de hierro, y sepultándome en el mas negro calabozo... donde quedé incommunicado con el resto de los hombres.... con mi patria.... con mis amigos.... con mi esposa.... Alli fué, alli, Orbé, donde me asaltaron las mas tristes reflexiones... Yo habia muerto... asi debia suponerlo... habia muerto paro ti... para Julia... para él mismo.... ¿lo comprendes? para él!... Decia yo... Carlos existe... está á su lado ... la vé... la oye... y su amor ya no es un crimen... Yo he muerto para los hombres.... ella se cree viuda... y llorando entonces de rabia y desesperacion, golpeaba mi cabeza.... queria destrozarme el pecho... romperme el cráneo contra los hierros de mi prision...

ORBE. Wolmar, tú me asustas!...

WOL. Pues bien, este inesplicable suplicio... el tormento de la duda... la incertidumbre... tú mismo acabas de hacerlo renacer.... Viene á asaltarme de nuevo... á amargar la alegria que tu presencia produce en mi alma!... Por Dios, Orbè, por Dios te pido me saques de esa ansiedad... ¿Se ha renovado su amor? Julia me es infiel?

ORBE. (*atribulado y con viveza.*) Jamás, jamás! todo lo contrario, amigo mio! (*ap.*) No sé lo que me digo.

WOL. Pues si eso es asi, si mi regreso es una ventura para todos vosotros, ¿por qué vacilas en conducirme á los brazos de mis hijos? Pero... si no me engaño... alli creo (*mirando por el foro.*) distinguir... si, ellos son!

ORBE. Estan hablando con mi esposa!

WOL. Clara los deja, y ambos se dirijen aqui... Mi corazon palpita con violencia!... ¿Es la alegria ó el terror quien causa estos efectos?

ORBE. Por Dios te pido, Wolmar, que me dejes prevenirlos... anunciarles tu llegada.

WOL. No, no; al contrario: no quiero que les digas la menor palabra, la mas pequeña accion que indique... quiero destruir mis crueles sospechas ò morir à tus mismos ojos si mis temores se verifican... Ven conmigo... ocultémonos aqui... (*obligándole á entrar con él detrás de unos arbustos.*)

ORBE. Qué de males preveo! Dios mio! Dios mio!

ESCENA V.

ORBE, WOLMAR, JULIA *y* ERNESTO.

ERN. Si, Julia; el cielo que por sus altos juicios nos habia separado, consiente al fin en nuestra union... Dentro de pocos instantes podrè dar á usted el dulce nombre de esposa.

WOL. Su esposa!! Orbé, me habias engañado!

ORBE. (La sangre se hiela en mis venas!)

ERN. Y cuanto mas cerca miro el momento de firmar ese contrato que nos ha de unir para siempre...

ORBE. Ya lo oyes, el contrato aun no está firmado! .. (*bajo á su amigo.*)

WOL. Pero me olvidaban! Se aman!...

JUL. Ernesto, comprendo á usted!... Su corazon esperimenta el mismo sentimiento que hace latir el mio!..

ERN. Si, tiemblo como si fuese un crimen la sola idea de semejante matrimonio!

ORBE. ¿Comprendes el sentido de esas palabras?

JUL. Si mi esposo viviese, con cuanto placer no sacrificaria mi vida por obtener su felicidad.

ENR. Y yo? Huiria lejos de estos lugares, y correria en pos de nuevos peligros y tormentas.

JUL. Ah! si nuestro amor le ofende, bien vengado está. Oh tú, que nos observas desde la mansion de los justos, vé aqui á los que hiciste felices durante tu vida. El recuerdo de tus bondades se hallará presente en nuestros corazones, para amargar los placeres de esta union.

ERN. Querido bienhechor mio, perdóname por no haber podido sacrificarme por tí.,.. Pero Julia, los amigos nos esperan; salgamos á su encuentro.

JUL. Si, vamos. (*vanse.*)

ESCENA VI.

WOLMAR *y* ORBE.

ORBE. Qué es eso, amigo mio? Los sollozos no te dejan respirar...? Qué sientes?

VVOL. Un júbilo tal, que este solo momento ha borrado en mi, hasta la última sombra de mis padecimientos!

ORBE. (Que casualidad! Aun cuando yo se lo hubiese dicho, no podian haber representado mejor su papel!)

WOL. Tenias razon, Orbé, tenias razon... no convenia presentarme á ellos tan de improviso... Estoy tan contento de haberlos escuchado!

ORBE. Como que has podido examinar por tí mismo lo qué pasa en sus corazones! Hacerles la justicia que se merecen!

WOL. Repito que tenias razon!... Deben ignorar que yo conozco sus proyectos de matrimonio, que he escuchado sus plegarias... Esta cruel idea debe desaparecer para siempre hasta de mi memoria... Amigo mio, encárgate de prevenirles... de disponerlos á la feliz noticia... yo los he visto ya, y podré esperar... no mucho tiempo... En breve volveré para abrazarlos... para estrecharos á todos contra mi corazon!

ORBE. Bien, voy á hacerlos venir para decirles... Mas durante este tiempo, ¿dónde te ocultarás? ¿Qué piensas hacer?

WOL. Esperar, enagenado de júbilo, el feliz momento de nuestra reunion... Es una alegria loca, indecible, la que esperimento.... El placer de un amante que encuentra á su querida... el amor de un padre que abraza á sus hijos... Adios, amigo mio, no me retardes tan dulce satisfaccion. (*vase por el foro.*)

ESCENA VII.

ORBE *y despues* CLARA.

ORBE. No, no; al instante voy á prevenirles.... El está contento, y yo estoy loco de alegria!.. Ahora no dirá mi muger... Clara? (*llamándola*) Julia, Carlos? venid, venid corriendo!

CLA. Qué es eso, amigo mio? Qué voces son esas?

ORBE. Estoy tan contento...

CLA. Me alegro... pues eso es señal que recobras tu antiguo carácter... aquella alegria...

ORBE. Si... aquella alegria... y si cabe mucho mayor... Acabo de ver á tu hermoso desconocido, á ese ente misterioso que el cielo nos enviaba para despertar mis celos!...

CLA. Y bien!

ORBE. Le he visto, he hablado con él, le he reconocido, y lo he estrechado entre mis brazos... y ahora somos los mejores amigos del mundo!...

CLA. Pero quién?

ORBE. El desconocido es él.... el mismo.... mi amigo, mi querido Wolmar.

CLA. Wolmar!

JUL. y ERN. (*que han oido las últimas palabras al entrar.*) Wolmar!!

ESCENA VIII.

Los mismos, JULIA, ERNESTO.

CLA. Pobre esposo mio! No hagais caso, amigos mios... vuelve á estraviarse su razon... procuremos impedir... (*se agrupan en torno de Orbé.*)

ORBE. ¿Qué estás hablando? Yo loco?... Bien que la noticia es de tal gravedad, que no me espanto... Pues si, amigos mios, es cierto, sobradamente cierto..... no deliro.. .. y debeis creerme. Wolmar existe... y ese contrato no puede firmarse... es imposible... acabo de hablar con él...

CLA. ¿Aun persistes?.. Qué desgraciada soy! Otra vez el delirio!...

JUL. Mi querido tutor, reflexione usted...

ERN. Señor Orbé, no aumente usted la tristeza de su esposa, la inquietud de Julia... Recuerde usted que su amigo, que mi querido tio, murió gloriosamente en el campo de batalla.

ORBE. Asi lo creyeron todos... pero afortunadamente no fue verdad... Yo, yo solo he tenido el placer de verle... Pero ¿por qué me miran ustedes con ese aire de compasion?... Cuando digo que le he visto aqui, aqui mismo... Clara, el viagero era Wolmar, Wolmar que acaba de volver á su patria desde Inglaterra, donde habia sufrido una penosa y larga cautividad....

JUL. Seria posible!

ERN. Mi tio!...

CLA. Mr. de Wolmar!

ORBE. Existe, si existe, os lo juro, y no tardareis en verle!... Clara, ¿no notas en mi una gran diferencia? ¿No ves la alegria que brilla en mis ojos? Se parece el Orbé de esta mañana, abatido, destrozado por el dolor, al que ahora se presenta regocijado, feliz por el regreso de su antiguo camarada? Diles tú misma, diles que no estoy loco... y que pueden creerme, porque digo la verdad...!

CLA. Con efecto, amigos mios... Esa alegria no brillaba en sus ojos cuando temia por su razon... Yo creo lo que dice... Wolmar existe!

JUL. y ERN. Existe!...

ERN. Dónde está? Ah! que se presente á nuestros ojos... que nos deje estrecharle en nuestros brazos...

JUL. Arrojarnos á sus pies...

ERN. Respóndanos usted, señor de Orbé... Dónde está? Corramos á su encuentro!...

ORBE. Paciencia, amigo mios, paciencia!... Va á

venir aqui... y ustedes se arrojarán, no á sus pies, sino á sus brazos... Queria sorprender á ustedes, y ustedes son los que deben sorprenderle!... Es preciso, pues, disponer un suntuoso recibimiento!... una fiesta!...

Jul. Si, una fiesta en obsequio de su regreso!...

Ern. Ella reemplazará la que debia celebrarse con muy diferente objeto, y á lo menos, Julia, esta funcion no irá acompañada del temor y los remordimientos!..

Cla. Dice usted bien; Carlos... semejantes proyectos deben desaparecer para siempre del corazon y la memoria!

Jul. Ah! si, para siempre!

Orbe. José... Pedro... Dubois! (*llamando por el foro.*) Quitad ese caballete... llevad el retrato á la sala principal.., ese velo fúnebre... esa gasa negra... todas esas señales de luto deben desaparecer!. . en su lugar, flores... alegria por todas partes... Es menester ir corriendo... Yo, yo mismo lo haré... yo mismo iré á prevenir al notario... á toda la poblacion... que ha cambiado el motivo de nuestra reunion... que ya no se trata de bodas... se trata de celebrar la bien venida, el feliz regreso de mi querido amigo... Tú, Clara, dá las órdenes... haz que dispongan lo necesario para la fiesta que se prepara.... Usted, Carlos, quédese aqui para recibir á su tio; y tú, Julia, marcha al tocador... vistete con mas elegancia.... desecha esos fúnebres adornos... eres esposa, no estás viuda, gracias á Dios!... Ahora si que estoy loco, Clara mia, loco... pero es de alegria... de ventura!.. Hasta despues, hijos mios, hasta despues!

Cla. Venid vosotros conmigo. (*á los criados.*)

(Los criados han quitado el caballete de la derecha y marchan con Clara hácia la casa; Orbé sale por el foro.

ESCENA IX.

Julia y Ernesto.

Ern. Mi tio existe!... Tú sabes, Dios mio, que mi único, mi primer pensamiento al saber la agradable noticia, ha sido darte las gracias por tan fausto acontecimiento!

Jul. Y yo? yo me considero mas feliz, porque mi conciencia está tranquila; sereis para mi un hermano.

Ern. Si, hermana querida; ese afecto tan virtuoso, tan sin mancha, consolará el corazon del infortunado Carlos, y todos seremos felices!..

Jul. Felices! (*sentándose abatida en el banco que está delante del bosquecillo en que se ocultaron Wolmar y Orbé.*)

Ern. Sin embargo, conozco que jamás amaré á usted como á una hermana!

Jul. Qué dice usted, Carlos?

Ern. Que esta fatal pasion que nunca podré vencer, despierta mas grande, mas voraz en el fondo de mi alma! Hace un momento, cuando iba usted á darme su mano, pude imponerla silencio á la vista de ese retrato... mis ojos evitaban encontrarse con los de usted... y no tenia valor para deciros... Yo os amo!... porque entonces esta dulce palabra me parecia un sacrilegio...

(Durante las últimas palabras, VVolmar se ha presentado en el fondo del teatro... distingue á los jóvenes, y permanece oculto detrás de un pilar de la verja.)

ESCENA X.

Los mismos, Wolmar.

Wol. Ah! mis hijos... voy á sorprenderlos... (*se adelanta silencioso, como dispuesto á colocarse entre los dos.*)

Ern. Pero ahora... ahora que ésta palabra vuelve á ser para mi lo que fué hace dos años.... un crimen... un crímen indisculpable... á mi pesar se escapa de mis lábios... y no puedo contenerla... Si, Julia, si, yo te amo! (*al oir á Ernesto, se detiene VVolmar y vuelve á la verja.*)

Jul. Ah! por piedad, señor Carlos!..

(Una violenta cólera se pinta en el semblante de VVolmar.... Desabrocha el rendingot, y deja ver un viejo uniforme de oficial de marina, y frenéticamente lleva la mano á un puñal que desenvaina. Este movimiento ejecutado con la mayor viveza, se interrumpe al escuchar el diálogo de los jóvenes, que desde este momento debe ser mas vivo y apasionado.)

Wol. Infame!!!

Ern. Heme aqui feliz y desgraciado al mismo tiempo al saber que existe!... feliz por el placer de verle.... y desgraciado porque me priva de la que tanto amé!... Feliz, venturoso mil veces de poder abrazar á mi general.... devolverle casta y pura á la que debe embellecer su ancianidad... devolvérsela en pago de los beneficios que dispensó á este huérfano infeliz!.. pero miserable, el mas infortunado de los hombres, por no tener el suficiente valor, conformidad bastante para amarla como una hermana!

Jul. Carlos, Carlos... Compadézcame usted. No es asi como debo presentarme á mi esposo. ¿Quiere usted que en vez de la alegria que debe ocasionarme su regreso, encuentre mi semblante abatido, ruborizado, y que caiga muerta de vergüenza á sus pies?

(Momento de silencio. VVolmar al oir las últimas palabras de Julia, exhala un profundo suspiro, envaina el puñal... saca un libro de memoria, y escribe en una hoja con el lapiz algunos renglones, suspendiéndose para oir las últimas espresiones del diálogo de los jóvenes.... El lenguage de Ernesto en todo lo que sigue es menos animado, mas solemne.)

Ern. Perdone usted, señora, perdone usted este arrebato de mi pasion... semejante lenguaje, yo lo juro, no volverá usted á escucharlo. Yo padeceré... pero al menos él vivirá dichoso!!

Wol. Dichoso!! (*acaba de escribir.*)

(Se oye á lo lejos música festiva. VVolmar acaba de escribir, arranca la hoja del libro, y vase precipitadamente.)

Jul. Esa música festiva nos anuncia el momento de nuestra eterna separacion. Son los aldeanos que vienen con Orbé á celebrar la llegada de Mr. Wolmar

Ern. Una fiesta!.. ah! si; mi alegria será sincera... sincera por la postrera vez.

Jul. Adios, Carlos, adios... y sea esta la última vez que nuestras lágrimas se confundan!...

Ern. Si, la última! (*marcha enternecido por la derecha.*)

(Julia entra por la izquierda. La música continua piano... VVolmar se presenta en el foro seguido de un aldeano, á quien entrega el papel que escribió, le indica con el dedo el paraje donde se oye la música.)

Wol. A él.. ¿lo entiendes? A Mr. Orbé en propia mano... Anda, vé, no te detengas!

ESCENA X.

WOLMAR *se presenta en la verja y mira á la derecha por el foro.*

WOL. Infeliz Orbé! Cuán ageno estás de los crueles tormentos que desgarran el corazon de tu desventurado amigo. Infeliz anciano!... Y podrias vivir tranquilo, sabiendo que tu existencia era el verdugo de tu muger, y la desgracia de dos personas nacidas para amarse?... Mi muerte lo remediará todo... Ah! ¿por qué una bala no dió fin á mi existencia en el campo de batalla?... Hubiera hallado un término glorioso, y no que ahora!.. ah!! Ellos se aman... vivirán desgraciados... aparentando una alegria que estará muy lejos de su corazon!... El agradecimiento sellará sus lábios, y... El agradecimiento! Siempre esta palabra cruel .. esta palabra, causa de todas mis desdichas ... Sacrificios... Julia, Carlos.... vosotros lo olvidais todo por mi... vais á cumplir ese penoso deber!.. justo es tambien que yo cumpla con el mio!... Partamos.

(Sube por la senda de la montaña, con ademan decidido... Apenas desaparece, se presentan por el foro de la derecha los aldeanos con guirnaldas y ramilletes... música campestre... Orbé viene al frente de ellos, y todos se agrupan en torno suyo.)

ESCENA XI.

ORBE, *aldeanos, músicos, etc.*

ORBE. Muy bien, muy bien, hijos mios! Estoy muy satisfecho, contento del placer que manifestais!... Pero basta de ruido... reclamo un poco de silencio... Ahora dispersaos en todas direcciones por los jardines.... por el parque.... y cuando haga la señal que tenemos convenida, entonces corred... precipitaos todos á presentar los ramilletes y esclamar conmigo... «Viva »Mr. Wolmar!» nuestro amigo, nuestro bienhechor!... Ea, marchad! (*vanse.*) ¿Habrá venido ya? ¿Los habrá visto y estrechado entre sus brazos? Este dia es el mas alegre de mi vida!

(Los aldeanos se dispersan por todas partes. Uno solo permanece, y presenta á Orbé el billete que VVolmar le entregó, y marcha á reunirse con sus compañeros... Orbé mira el papel con sorpresa.)

Para mi? (*el aldeano dice que si con la cabeza, y marcha.*) ¿Quién podrá escribirme? Pero cielos! no me engaño... es su letra... escrito con lapiz... ¿á qué viene ahora esto, cuando dentro de poco... «Amigo mio... yo tenia razon... ellos »se aman... lo sè... acabo de presenciarlo... »y mi regreso trae la desgracia.... la muerte »para los dos!... Asi pues, no me verán mas!» Dios mio, ¿qué dice este hombre? «Les dirás »que mi único deseo es el que vivan felices.... »que su padre, que su amigo ha bendecido su »union...» No acierto á comprender! (*atribulado.*) «Apenas acabes la lectura de este mi pos»trer billete, dirije tu vista á la cima de la »montaña, y verás, tú solo, verás á tu amigo »que estiende hácia ti su mano para darte el »último adios.» Con efecto... alli está... al borde del abismo... Desgraciado! ¿qué haces? Detente! Pronto, acudid; socorro! Ah!!

(Corre hácia la montaña gritando... VVolmar se arroja al precipicio... y Orbé cae desmayado al principio de la senda.

ESCENA XII.

ORBE, CLARA, *y poco despues* JULIA. ERNESTO, *criados, aldeanos.*

CLA. Qué es esto? qué voces? Pero cielos! Mi esposo desmayado! Pronto... acudid... un papel en su mano... si será?... (*lo toma y lee precaviendose de los demas.*)

ERN. Qué sucede?

JUL. Señor!...

CLA. Socorredle!

ERN. Qué nuevo peligro?... A nadie se vé... No tema usted, señor... todos estamos aqui para protejerle... defenderle... Julia... su esposa de usted... (*vuelve en sí.*)

JUL. Sus mejores amigos!...

ORBE. Mis amigos! y él... (*prorumpe en llanto.*)

CLA. Gran Dios! (*que ha leido el papel.*) Ya comprendo!... (*dirije la vista hácia el abismo.*) Esposo mio, procuremos ocultarles este horrible secreto, este atroz infortunio que ya no puede repararse!

ORBE. (*ap. á ella.*) Si, Clara, si, te comprendo.... evitemos á lo menos que jamas lleguen á sospechar... Tranquilizaos, amigos mios; Clara tenia razon... este fatal delirio...

ERN. El delirio!...

ORBE. Atormentado de la horrenda vision que no cesa de perseguirme... os anuncié... Insensato! os anuncié una ventura que solo existe en mi acalorada fantasia! El desgraciado Wolmar.... mi pobre amigo, ya no existe!! (*ahogando sus palabras el dolor.*)

CLA. No existe, y nada debe alterar la alegria de los futuros esposos... Venga el notario, y confirme vuestra felicidad!

ORBE. Oh!... no, no! deteneos, deteneos y permitid al menos que me retire.... En nombre del cielo os suplico me concedais esta gracia.... concededla á este pobre loco, que no tardará mucho en reunirse con su amigo... Pero antes postraos conmigo ante el Eterno, y rogadle fervorosamente que reciba en la morada de los justos, al hombre benéfico que dejó de existir. (*dirijiendo sus ojos humedecidos por el llanto al precipicio. Se postra y todos le imitan.*)

CAE EL TELON.

FIN.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramàtica.

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, bravo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
Una cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.

EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tio.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alferez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.
Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Griñon.
Ni ella es ella, ni èl es él, ó el capitan Mendoza.
El robo de un hijo.
Los pasteles de Maria Michon.
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.
Las dos épocas, ó restauracion y terror.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un dia de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Lóndres.
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatia.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.

EN CINCO ACTOS.

Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
Páris el gitano.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte-Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia.

Justicia de Dios, 6 cuadros.
Los mosqueteros, id.
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.
El médico negro, 7 cuadros.
El mercado de Londres, id.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Perder el tiempo.
Un error de ortografia.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiracion.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.
Una actríz improvisada.
Cosas del dia.
El marinero, ó un matrimonio repentino.
José Maria, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
Un tio como otro cualquiera.
El cautivo de Lepanto.
El tio y el sobrino.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.

EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.

EN TRES ACTOS.

El mèdico de su honra.
Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.
No hay miel sin hiel.

A las máscaras en coche.
Antes que todo el honor.
El favorito y el Rey.
La crúz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia.
El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la edad.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.

EN CUATRO ACTOS.

El trapero de Madrid.
Valentina Valentona.
A tal accion tal castigo.
El honor de un castellano y deber de una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
El médico de un monarca.
Padilla, ó la traicion de Villalar.

EN CINCO ACTOS.

El desprecio agradecido.
A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista.
Los dos Fóscaris.
Juan de Padilla, 6 cuadros.